

BREVE ANTOLOGIA DE
RICARDO LATCHAM

LA SOMBRA DEL ABUELO

ABUELO TOMÁS se asocia en mis recuerdos a cierto despertar consciente. Antes de él hay un limbo de vagos fantasmas, una sucesión de imágenes que repentinamente se ciñen de realidad para ofrendar sensaciones opacas, borrosas, de algo sideral, como de una anterior existencia teosófica.

Abuelo Tomás está ligado a una casa antigua, polvorosa, a unos muebles grandes como catafalcos, a un vetusto sillón destartado que hacía marco a su tosca estampa de marino inglés. Recuerdo también un patio interior donde dominaba un gran naranjo que se vestía de gala, embalsamando el patio como una novia frutal. Allí estaba la pieza vieja y sombría cual la bóveda de un barco. Abuelo Tomás prendía siempre una estufa. Yo no sé por qué semejaba un anticipo del infierno para los dos o tres chicos de la mansión. Como un viejo pirata cansado de peregrinar por el lomo del mar y con el alma tatuada de paisajes, el abuelo declinaba en ese historiado mueble, último barco en que acunó su fantasía sajona.

En el mobiliario vecino se apilaban las revistas, las ropas, las cachimbas, las menudencias infinitas que secundaron su senectud rabiosa y entristecida.

Siempre flotó por la casa la sombra tenaz del abuelo. Le dio un color especial a todas las cosas. Se fue infiltrando por los caracteres de los dos tíos: rojo y negro, como corsario, el tío Frank; rojo y blanco, con descolorada e inexpresiva cara de limón, el tío Fred.

La abuela vivía en el otro patio, amortajada en sus trajes negros de la época victoriana.

De un patio a otro descendían insensiblemente los grados de la cordialidad. La abuela, dulce y fina viñeta de otra edad, conservó siempre la tersura de un rostro blanco y lechoso que no mancilló el cosmético, ni aun el suave realce de los polvos de arroz. Señorial y bondadosa, su vida se disolvía dulcemente como una antigua canción que se lleva el viento.

Algo empero los unía: la religión puritana.

Para mí, educado en el catolicismo suntuoso y ritual por la austerísima tía Mercedes, la casa de los abuelos me dejó siempre un hueco en el corazón.

El Dios de ellos era más duro, más victorioso que el suave Dios de los villancicos monjiles y de las mil canciones místicas y amorosas con que lo honraban las Clarisas. Nunca el Dios puritano me dio vuelcos al corazón, ni jamás tuvo virtudes, ni surtidor, ni roscas, ni dulces, ni flanes, ni canciones gratas.

Abuelo Tomás se extinguía sin soltar el timón del mando. Dormitando suavemente sobre las quimeras, siempre recordaba la pompa marina de sus días moceriles. Por eso, cuando nos miraba desde la tumba de sus ojos, duros y claros ojos de acero, se nos figuraba el "Señor Capitán" y nos corría por las venas una humilde sumisión de grumetes.

Su voz era voz de mando, de amo. Accionaba siempre con su pipa, cuya humosa bruma nos hacía pensar en la lejana Inglaterra de la familia, en las colinas verdes, levemente onduladas, de Bristol; en una gran casa con losas en los corredores y arcadas de ensueño, con duendes y fantasmas y todo un silencioso cortejo evocador. Digámoslo quedamente para que abuelo Tomás no vuelva. Nunca le tuvimos simpatía mientras vivió. Desde las cuencas torvas de su mirar salía algo que nos era antipático.

Sus mismas cejas espinosas y erguidas como dos pequeñas escobillas nos hacían temblar. Santa Claus redivivo, eso era el abuelo. Y por grande que fuese la estimación al santo de los juguetes y de las medias colmadas, algo de espanto nos ponía en el corazón.

Sin embargo, no todo era hostil en el anciano obstinado, que se sumía cada vez más en sus fumarolas de tabaco rubio y descortezaba palos para entretenerse. En varias ocasiones nos obsequió navíos que carpintereaba por su propia mano, dura en el mando otrora y dúctil en cepillar y pulir las maderas en sus ocios de senectud.

Nos llamaba con voces agrias, en que después vi exageraciones de un hombre que deseaba poner disciplina en una casa de neurasténicos. Yo nunca pude soportar el inglés, pero abuelo Tomás me lo gritaba por todas partes, vaciando materialmente las exclamaciones sajonas en mi tierna cabeza de ocho años. El diluvio vino cuando me regaló una hermosa Biblia protestante, una de esas Biblias lustrosas, con olor a cola, que dan los pastores, y donde el fanatismo mutiló páginas, suprimió notas y castró un libro santo. Yo lo guardé como algo raro. Me servía para deletrear el abecé del idioma británico; pero tenía un no sé qué de funerario, que colocaba algo recelante en la vuelta acelerada de sus hojas con filamentos dorados.

Tía Mercedes me la halló un día en el cajón de los juguetes, al lado de una espada, cuya empuñadura de bronce tenía esculpida la figura marcial del Káiser, y de unas papayas confitadas que se fugaron de la despensa. Todo el catolicismo hervoroso de tía Mercedes se desencadenó sobre ese libro armatoste, cuyos folios fueron más tarde rosas de fuego en el fogón de la cocina.

—¿No te dije siempre que no recibieras nada de ese hereje? ¿No te he dicho toda la vida que cae la excomunión sobre el que lee esos librotos indecentes?

Y tía Mercedes, como heraldo flamígero del Señor de los Ejércitos, proce-

dió a ejecutar la rápida quemazón del infolio, tras el auto de fe que me privó por tres días de dulces y recaudos extraordinarios.

Cuando retornaba a la casona sombría del abuelo, después de las largas vacaciones nortinas, encontraba más obstinado el cerco de aislamiento del antiguo marino. En el primer patio, la abuela se deshacía como una candela aromática. Tenía cada vez un tono más pulcro, algo de santa que realzaba la palidez cerosa de su rostro de virgen sajona. Su puritanismo era más ponderado; por sus venas corrían efluvios más occidentales. Abuelo Tomás, en cambio, era más nórdico; pareció salir de una caverna o fiordo de las islas escandinavas. Sus orejas grandes, su pelaje bizarro, las propias canciones con dejos piráticos que cantaba; sus manos de vencedor; sus ojos impenetrables y con fijeza de obstinado; toda la recia armadura que soportaba sus últimos años, decían otra cosa distinta, sin realces de cordialidad. La sombra del abuelo quedó para siempre grabada en mí. No se fue con su desaparición material. Quedó flotando en la casa vetusta, se paseó por los patios húmedos; se sentaba desdoblado en el sillón destartado. Me pareció sentir muchas veces que me tocaba con el contacto impalpable, pero certero, de una fuerza de ultratumba. Tal vez fue lo que me dio un carácter especial: sombrío, huraño, desconfiado y taciturno.

Sí, fue la sombra del abuelo la que me metió vejez en los huesos y a los diez años me hacía meditar como un cura y ponerme unos trajes negros de sepulturero. Todavía la siento flotar. Se pasea, se mueve de una parte a otra, hace espirales.

A veces, en las noches, parece burlarse de mí. Se trepa al viejo naranjo, le sacude las hojas y, cuando está de humor, se mete en los venerables infolios de Walter Scott, Dickens y George Eliot. Los deja abiertos al azar, sacude las pipas, sonoras como ataúdes nuevos, y hasta tiene humorismos extraños: se cuele por todas partes, como un mensaje de ultratumba.



Abuelo Tomás acabó por morir un día. Se fue sin darle aviso a nadie, como acelerando su voluntad obstinada. Lo hallaron tumbado, a la vera de su trono predilecto, junto a una mesa con una cachimba vacía y un novelón a medio leer. Los indicios de la muerte no se extremaron sobre su rostro duro de lobo de mar. Apenas las arrugas se hicieron más agudas, como surcos de una siembra última. Los pelos hispídos se acentuaron; parecían ahora unos alfileres que sobresaliesen de las cejas espesísimas.

Lo vistieron de negro, poniéndolo en la capilla ardiente. Así lo contemplé por vez postrera. Ese su rostro bronceado estaba ahora madurado de silencio. Era el definitivo y sin apelación. Sus manos duras descansaban con suavidad. El timón invisible de sus rumbos yacía quebrado para siempre. Por vez primera sentí afecto hacia este viejo rudo y raro que nos metía el miedo por el cuerpo.

Adentro rezaba un pastor largo y espigado como un espárrago. Salían unos acordes singulares, protestantes, que me echaban pavor en el ánimo:

*The Lord be with you, and with the spirit,
The Lord be with you, and with the spirit.*

Y así continuaba esta cavernosa letanía sepulcral.

Un terror inusitado, extraño, me empujó, acongojándome, hacia el patio luminoso, abierto a la vida, y por cuyo jardín danzaba la alegría.

Mientras sacaban el negro féretro, derramé las últimas lágrimas por el abuelo. Las primeras fueron de terror. La letanía continuaba sacra y monócorde. El ataúd se perdía más allá de la gran puerta, seguido de un cortejo enlutado y solemne.

En el patio se coló una torreja gozosa de sol por entre las ramas del gran naranjo. Adentro, en el salón, se hacía más sutil la finura espectral de la abuela sollozante. Abuelo Tomás se había marchado para siempre por la gran puerta, que rara vez cruzó en sus últimos años, pero su sombra recia nos siguió acompañando por mucho tiempo.

(Atenea, Concepción (Chile), año vi, N° 57,
septiembre de 1929. p. 130-135).

PSICOLOGIA DEL CABALLERO CHILENO

LA ARISTOCRACIA chilena se ha distinguido por su unidad y por su específico sentido político y social. Compuesta por elementos vascos y, más tarde, enriquecida con aportes británicos y franceses, constituyó en Hispanoamérica un grupo original por su organización y cultura. Se caracteriza por un espíritu calculador y positivo; por la orientación europeizante de sus lecturas y por una permanente imitación de modelos sajones en sus trajes y reuniones sociales. El chileno de la clase alta come mucho mejor que el español. Hemos visto a nobles y a generales peninsulares pedir palillos, a gritos, en el Círculo Equestre del Liceo de Barcelona. Primo de Rivera hablaba como un chulo de arrabal madrileño. Aún se recuerdan aquí las excentricidades gastronómicas del Marqués de Dos Fuentes, que comía como cualquier acompañante de Genghis Kan en la estepa del Gobi.

Los chilenos aprendieron a sentarse y a comportarse socialmente por obra y gracia de ese pequeño mundo británico de Valparaíso. El colegio Mackay fabricó pésimos ciudadanos chilenos, pero contribuyó a formar en esta tierra austral un tipo de "gentleman" acriollado, con afición al deporte y amor a los perros finos.

No puede afirmarse que Chile carezca de una aristocracia. El defecto que ésta tiene es su equivocación cultural; su desorientación con respecto a los problemas nacionales y de América; su atraso con relación a las grandes cuestiones contemporáneas.

Así como hace años las señoras "bien" alababan a Guido da Verona, y se daban conferencias acaracoladas sobre Emerson en el Club de Señoras, los varones sesudos y graves, como don José María Cifuentes, proponían solucionar los problemas sociales con citas de Taine. El año 1903 hubo un curioso debate en el Senado de Chile sobre la instrucción primaria obligatoria. La plana mayor del conservantismo impugnó ese proyecto de ley en nombre del Derecho Natural. Era un tiempo en que el Padre Taparelli hacía furor. Todos los caballeros, con haciendas en Graneros o Colchagua, citaban los *Orígenes de la Francia contemporánea* y gargarizaban nombres extranjeros con el objeto de atajar la "ola inundadora" del radicalismo.

Los conservadores chilenos poseían un espíritu de cuerpo muy encomiable. Cuando un cabecilla, como don Ventura Blanco Viel o don Abdón Cifuentes, daba la voz de alarma, todo el gremio de los ilustrados se apercibía al asalto de las trincheras liberales en medio de disciplinada formación. Llovían citas y textos. Se prefería casi siempre a escritores franceses de segundo o tercer orden, como Laboulaye, Thiers o Tocqueville. Un día, don Pedro N. Cruz descubrió a Macaulay, que citaron desahogados muchos defensores del catolicismo. Se hacían conmovedoras declaraciones de su página sobre el Pontificado con la manoseada imagen del Puente de Londres.

Esta gente, lo mismo que la otra, que formaba en la tibia izquierda liberal, se ocupaba preferentemente de las cosas de Francia. Raro fue el escritor o ideólogo que miró hacia esta cruda realidad americana con su mestizaje y sus mil problemas candentes.

Tal distanciamiento entre la mente aristocrática y el ambiente chileno, provocó una reacción de las clases populares hacia los partidos democráticos. Nos decía el famoso Obispo don Miguel León Prado que en su época los Obreros de San José contaban con miles de adherentes. En Molina hubo un retiro que tuvo ochocientos asistentes, que después desfilaron con cirios encendidos, cantando el "Perdón, ¡oh! Dios mío...".

Esas masas, escépticas y desengañadas, comenzaron a incrementar las filas del rollizo Partido Demócrata y del naciente socialismo que elevaba mesiánicamente a la figura de Luis Recabarren.

Se producía, con toda evidencia, un divorcio entre el partido conservador y el pueblo. Unos pocos hombres, bien orientados, comprendían el problema y clamaban en el desierto. El único político conservador de fuste, don Juan Agustín Barriga, no era oído por la plutocracia agrícola y bancaria que componía el grueso de la milicia derechista. Recordamos hoy estas cosas con el fin de marcar un fenómeno general en la vida ideológica de la clase alta. Su cultura quedaba rezagada con respecto a muchos problemas vitales, que tampoco resolvió la democracia de 1920.

Muchos caballeros ilustrados pasaban a integrar bufetes donde se defendían los intereses de compañías extranjeras. Varios primates conservadores eran los técnicos legales de Guggenheim y, más tarde, de la Anaconda Company.

Crecía el divorcio entre la realidad nacional y la mente de las clases altas. Casi todos los grandes señores chilenos han cultivado o la historia o la economía política o las profusas cuestiones internacionales. Así hemos visto parado-

jas deliciosas: Don Ricardo Salas Edwards, fabricante del selecto vino Zavala, escribe un libro sobre Balmaceda y su conflicto con el Congreso; don Darío Urzúa, munícipe de barrio, llega a presidir una academia de ciencias económicas; y don Ernesto Barros Jarpa, león de la moda, que crea un tipo de vestimenta masculina (la tenida Barros Jarpa), se encarga de afrontar la solución del viejo litigio del Pacífico.

Mientras tanto, aparece en Chile una clase media estudiosa, compuesta de profesores universitarios y secundarios, de escritores, periodistas y abogados, que poco o nada influye en los rumbos de la patria. Esta clase media vive un poco al margen de la política; pero a su lado surgen legiones más audaces, del mismo estrato social, que avanzan resueltas a la conquista del poder.

La aristocracia no reacciona, por esto. Su tipo de cultura no se renueva. La soberanía del país, en tanto, padece menoscabos y los gestores yanquis desfilan impunes por los ministerios y antesalas donde se recaban influencias.

Cuando se escriba la historia política de los últimos treinta años, causará sorpresa analizar el tipo medio de la intelectualidad chilena de la aristocracia.

En su seno pontifican escritores, que coleccionan antigüedades, usan orquídeas y creen cultivar una tradición nacionalista, exaltando tipos fantásticos de huasos fieles y gallardos, como el Juan Neira de Joaquín Díaz Garcés. La Academia de la Lengua ofrece un cómodo refugio a las exaltaciones literarias de estos hombres.

Nunca de este recinto acotado y solemne sale una voz que se identifique con un gran asunto nacional, con un problema vivo de América. La ideología nuclear del pensamiento chileno se nutre en París y su faro intelectual lo constituye la *Revista de Ambos Mundos*, que aún leen casi todos los socios del Club de la Unión.

Vive también en Chile un caso único de escritor: el poeta inspirado.

El poeta "inspirado" no solicita nada a la naturaleza, al paisaje, al campo, a los sentimientos sociales. Le basta simplemente con pulsar el plectro, y los asuntos acuden galopando a su fértil ingenio. Tiene que aparecer un hombre hosco, mezcla de roto fatalista y de juglar travieso, para que nazca la poesía en Chile. Es un "siútico": Carlos Pezoa Véliz.

Esta palabra, que se cultiva entre champaña Roederer, cigarros puros Hoyo de Monterrey, langostas y caviar, marca un derrotero de la mentalidad chilena.

Se ha escrito, hablado y polemizado infinitamente sobre tal asunto. Hace poco tiempo un joven que padece de la enfermedad criolla del "genealogismo", un señor Larraín, se refirió en forma despectiva a unas niñas muy distinguidas. Las "asiuticó", en una palabra. Esto ocurrió con motivo de la publicación de un libro, también "siútico", de don Augusto Millán Iriarte. Un descuido de Omer Emeth hizo que se publicara una carta del señor Larraín, donde se estampaba el nefario terminacho. Todo Santiago vivió por una semana en un tumulto de escándalo y desagravio. El autor de estas líneas redactó un editorial de protesta en el difunto *Diario Ilustrado*. Fue el disloque...

Todo ello se deriva de un desahogo verbalista de José Victorino Lastarria, creador del vocablo y quien, en su época, era mirado en menos por la aristo-

cracia pelucona, que le enrostró su nacimiento. Era un precursor de los "siúticos" de hoy para la aristocracia de los Tocornales, de los García Reyes y de los Irarrázaval.

Hemos divagado un poco; pero sin estas cosas no se comprenderá bien el ambiente donde, como peces gordezuelos, viven los caballeros chilenos.

En las viejas casonas criollas abundan los estantes con obras de Courcelle Seneuil, de Leroy Beulieu, de César Cantú, revueltos con tratados de lechería, veterinaria, derecho internacional y hacienda pública. Añorando esos textos y esos tiempos aún viven muchas gentes. Parece que innúmeras cosas no se hubieran renovado en el mundo. La música de Verdi, las zarzuelas españolas, las diligencias y los carros de sangre se revuelven confusamente en mi cerebro cuando evoco estos asuntos.

El caballero chileno, algo vizcaíno de mollera, sigue viviendo una ficticia existencia en lo relacionado con la cultura.

Así vemos a don José Miguel Echeñique publicar un curioso libro acerca de Los Demoledores, en que vindica a grito herido a Felipe II. Así vimos a don Ladislao Errázuriz propugnar en su discurso programa de una precaria candidatura presidencial, el cultivo intensivo de los deportes como medio de aminorar la gravedad de la cuestión social.

Así vemos el interés con que cierto público sigue las conferencias del Club de Señoras, donde se diserta copiosamente sobre la más peregrina variedad temática, desde las mujeres a través de la historia y de las latitudes, por don Alfonso Cahan, hasta las actuales variantes de la exégesis, tema que abruma a Julio Talanto.

El estrato cultural de nuestra clase alta, donde pontifica el clásico caballero chileno: socarrón, intencionado, lento y dormido de imaginación, es un tema que invita a meditar.

Si en verdad nuestra aristocracia tuvo una extraña unidad política y una moral elevada casi siempre, su error fundamental es haberse separado de los temas vitales de Chile y del sentido americano. La alta cultura universitaria, la ilustración del clero, el ambiente de ambas universidades ha sido una continuada glosa de Europa. No hay, entre nosotros, libros creadores u orientadores. Los historiadores recopilan y amontonan hechos y documentos; los arquitectos imitan las recientes innovaciones de Le Corbussier y tienen una tipificación churruigueresca máxima en don Luciano Kulczewski; los médicos se apegan al presupuesto y descubren una novísima orientación parasitaria.

Todo está por hacerse en el sentido cultural.

De esto hallamos muy responsable a la clase alta. Su falta de imaginación y su evidente momificamiento espiritual han tenido mucha culpa en ello. Fue una clase muy fina y culta en las relaciones sociales. Tuvo mucho tiempo y medios para cultivarse, pero no entendió o no quiso entender a su tierra. Esto la divorció, de un modo sensible, con otros elementos nacionales. Su espléndido aislamiento actual, produce bellos ejemplares humanos: mujeres lindísimas y

elegantes, que visten donde Lanvin o Paquin y correctísimos varones que encargan sobretodos y camisas a Pool y Sulny. Pero, al lado de esto, su orientación o, para ser más exacto, desorientación espiritual, es inmensa.

Mente, cerebros y corazones viven en permanente nostalgia de París o Londres.

(Revista *Indice*, Santiago de Chile, año 1, N° 4, julio de 1930, p. 1 y 5).

MEDITACION DEL AJÍ

N O S E comprenderá la complejidad psicológica del Perú sin adentrarse primero en algo que capta la fisgonería de ciertos entendidos en sus misterios ancestrales. El estiramiento pulido de Lima, la cortesanía trujillana, el amplio contorno señorial de Arequipa, la caballería serrana de Huánuco, el aliento de eternidad de Cajamarca, se disuelven, un poco, en la cuarta dimensión de la chichería. Esta es el templo de las expansiones populares; de la socarrona vena que brotó con la primera copla de la Conquista, del multiforme despertar del mulato, con atuendo de colorines, o del obsequioso acercamiento de las clases sociales en un ritual sin fronteras. La chichería se edificó en el clima del ají, sin el cual no se concibe, como no se explica el alargado palique sin el estímulo llameante de la clásica bebida. El ají extiende su aroma desde los días incaicos, y es la salsa de una cultura neolítica. El cronista Padre Cobo cuenta que en el Tahuantinsuyu se cultivaban más de cuarenta variedades, desde el *rokoto* o *rocot uchu*, el ají grueso, prolongado y sin punta, hasta el pequeño, llamado *chile* o *chili*. A diario evocamos los tiempos prehistóricos en la alimentación variada de la Sierra, Costa y Montaña, por la uniformidad ardiente que pone esta síntesis del alma mestiza del Perú. Sin la picantería no asimilamos a Lima ni a Arequipa. Las diferencias se rompen dentro de la molición blanda de tales arcópagos del ingenio criollo. Los nervios se harían trizas, los sentidos se pulverizarían sin el escape libre de las picanterías de Malambo, cuyo prestigio brota del siglo XIX, al calor sabroso de las muy típicas del Cercado.

El ají obra los milagros comprensivos y humanos, juntando a hombres que afuera no se saludan, a caracteres desiguales, a barrigudos burgueses con los cholos miserables; a los caballeretes blasonados, descendientes de inquisidores, capitanes y letrados y a los famélicos indios, arrancados de la sierra y que *chacctan* la coca adelgazadora. La cultura del ají ha permitido superar a los alimentos complicados de especiería asiática, a los camarones aliñados de los "chifas", a los tamales de chancho para ayudar a bien morir, a las mazamoras concebidas en el alero del Señor de los Milagros. Se densifica su ritual en el *huacatay* verdinegro de incitador colorido y concentrado en la especie mirasol. La chichería no es cosa de tomarla en broma, muy al soslayo, con una desviada mirada de turista. Ella se adentra en nosotros, nos acaricia con su bordado de conversaciones lentas, se despliega en innumerables ovillos de charla afiligranada. La chichería es un templo sustentado con el óbolo criollo, calada

de tradición, pulida por los contertulios, compacta y honda, como es la médula del Tahuantinsuyu. Lo mestizo se desborda en sus oscuros rincones arequipeños o en las versiones de Malambo, donde vive el compadre de la riñonada a prueba de tajos y desgarros. El opio del clima enervante, el malcito insondable de la costa feminizada, donde moraron los mochicas, la carcoma de este aire húmedo, que labora la "carcancha", no tendrían otra salida que el refugio de la chichería. No es sólo el gallito de barrio, de paladar probado, el catador castizo, que tiene la lengua dúctil del doctor que distingue las variantes: la chicha de Malambo, pendenciera e hijera, según el dicho popular; las de Trujillo o de Guañape, llamadas chichas de "pata de toro"; el claro piurano, que se sirve en el tinajón de barro que llaman *cojudito*; o la Yanahuara, vertida en las *chombas* o botijas de cuello estrechísimo. La profundidad compleja del alma peruana se rumia en la chichería, cuyos amaneceres turbios desgarran el cuchillo, alegra la pendencia, mientras se hace hondo el yaraví de Melgar. Todas tienen su rito, su masonería estilizada, su zalema de matices, donde la cortesía señorial busca la hermandad con la finura del blancoide. Primero es el saludo, con el "bebe", iniciación lenta que predispone el paladar para la salpimentación suprema. Un introito de hombres, acostumbrados a la graduación sinfónica. Después, al trasluz, se prueba el claro licor indígena, en grandes vasos de vidrio. Pero no hay primera sin segunda, como no hay ceremonia de chichería sin los condumios barrocos de una cocina en que se funden variadas razas y religiones. El camarón, que el chino transforma en la salsa de tamarindo, con un saborcillo de siglos. El mote terrígeno, que ofrece su oro limpio en pequeños montículos. La humita dulzarrona, con un vago olor de las fiestas incásicas de la Pascua del Sol. Los tamales, que se confunden con los chicharrones, encarrujados. Y todo esto, como dice el peruano, provoca. "Quítele usted el veneno", dice uno a la que ofrece, como en un duelo medieval de cortesía. La chola, dueña de la picantería, da unos sorbos glotonos y entonces se perdió el maleficio. Un gusano roedor abre las espitas a los nuevos tragos. Y sigue la ronda, en torno a las mesas, junto a los *rokotos*, a los *chiles*, a la salsa de ají mirasol, o en otros sitios, a los *serviches agresivos*. El cliente dice: "Le pago y lo comprometo", o bien, "Hasta los portales", que es una indicación, según Miró Quesada, de que hay que beber para que la chicha llegue a los biseles que empiezan en el centro de los agotadores vasos. El tiempo transcurre en este curioso embrujo y el calor de la bebida acerca a los hombres en un acogedor clima de cordura. Las chicherías oyen secretos de alcoba, refrendaciones de negocios, saudadosos brindis de amor, congojas supremas de alcohólicos tímidos. El humo ennegrece las paredes, las salsas manchan las mesas y el picor alcohólico desata las lenguas de los compadres.

Nadie tendrá una sensación entrañada del Perú, sin asomarse en las academias de las chicherías, donde los hombres se doctoran en el ají. Tierno recuerdo de Malambo, al otro lado del Puente de Lima. Suave regusto de Moche y de Huanchaco, en el norte mochica, que conoció los refinamientos sutiles y las variantes de la libido. Permanencia de Arequipa, con los yaravíes románticos de Melgar y la sugestión caliginosa de Yanahuara. Atracción de la costa zamba con los *chalcacos* del Callao y sus chicherías florecidas de mariscos prodigiosos:

los pulpos, los calamares, los erizos, los chilcanos, los caldos de choro con sabor a gloria marina. Melancolía de Piura, la tierra brava, donde los claros encienden al mestizaje procreador y se consumen los *secos* de cabrito. Donosura estival de Chiclayo, con su Conga famosa, sus palmeras africanas y sus rincones arropados de misterio, por callejas tétricas, en que se agazapan las chicherías que compensan del clima de infierno. Los guisos se adoban con el ají seco, que se deja madurar en la mata y se usa molido y aderezado con aceite de comer, después de colocarse en platos o mates de escandaloso nombre. El color de esta salsa picante ha dado el calificativo a los gallos ajisecos por su plumaje morado o rojizo.

Y a este respecto conviene recordar el multiforme decorado de los clásicos ajíes. El *rocot uchuc* de los Incas era, según Garcilaso, una especie de pimienta gruesa. Había un engañoso ají dulce. Hubo otros amarillos y morados, de menor picor. El más ardiente, esencia de incendiario desgarro, se designaba con el nombre de *Chinchi uchu*. Fue muy estimado por los Incas uno de delgadez semejante a la del dedo meñique. Era tenido por "más hidalgo", y se usaba en la Casa Real y entre la parentela de los Hijos del Sol. Uno muy bravo se llamaba *caribe*, porque picaba y mordía reciamente. Tuvo también mucha fama antigua el producido en Arica, que se usaba en el comercio de intercambio de la época precolombiana.

La permanencia del hombre serrano, la solidez social del andino, la conservadora esencia del limeño, la revolucionaria estructura del arequipeño, la neolítica dureza del indio, se han hecho síntesis en la cultura del ají. Mientras la alimentación ha recibido enormes aportes de los chinos multicolores, de los negros adictos a las especias, de los españoles glotones y sensuales debajo de sus gorgüeras, cogullas y jubonzuelos, siguió estacionario el culto del ají. La salsa y la corteza de los condumios se ha fijado, como en los días de Tahuantinsuyu, cuando regía una ordenación culinaria en la vida y después de la muerte, y se colocaban viandas en las momias reales.

La meditación del ají, concebida en las chicherías, nos lleva por los vericuetos de la historia peruana. Así como hay las civilizaciones y los contrapuntos del azúcar y del tabaco, en Cuba; del mate, en el Paraguay; del vacuno, en Argentina; del vino y del trigo, en Chile; del café, en Brasil, y del maíz, en las cumbres andinas, en el Tahuantinsuyu, concebimos la policromía conductora de este condimento de una cultura dirigida. Aún se ven en Arica, en el Coquimbo tamizado de quechuismos, y en el Norte Chico de Chile, los pequeños andenes con sus haldas decoradas con los ajíes secos. Vive aquí la sugestión de lo quechua, que se alarga desde el Ande colombiano hasta el confín austral del Maule, saludado por las vanguardias del Inca.

Cuando condimentan los huasos del sur sus capitosas viandas, o cuando se santiguan las viejas rezadoras de los valles esmaltados con el prodigio vegetal de Ovalle, antes de comer sus sabrosos potajes, están prosiguiendo la historia sin interrupción ni pausa cristiana. La permanente alusión al santificador de los caldos, al estimulante de los valdivianos, al que pinta las salsas o cohesiona los guisos, es como un retrotraerse a los misterios elementales de América. No nos ha penetrado aún lo trasplantado de ultramar; seguimos siendo, en cierto

modo, los hombres del tercer día de la creación, que presintió el desbordado Conde Keyserling.

La meditación del ají, nacida en las picanterías, cuando lloraban los yaravíes o se tasaban los gallos de raza, nos metió en la vértebra de América.

(*La Nación*, Santiago de Chile, 28 de julio de 1942).

EL PARAISO EN EL NUEVO MUNDO

AHORA, CUANDO nuestro continente logra el valor de una esperanza, resulta curioso tornar la vista a los tiempos en que se buscaba por sus espacios el escenario de la felicidad terrena. El mito de El Dorado, que brotó en Nueva Granada, repuntará varias veces en el Perú, en la tierra de la Canela, de Gonzalo Pizarro, que provocó el hallazgo del Amazonas; en el Imperio del Paititi, reino maravilloso que trataron de encontrar, sin conseguirlo, en los contornos del río Madre de Dios, en la singular laguna de Parime, y la ciudad legendaria de Manoa, que figuró en las viejas cartografías entre el Orinoco y el Amazonas, y también en Chile, con la Ciudad de los Césares. Pero todo esto resulta pálido en comparación con la tesis de un erudito descomunal del siglo XVII, don Antonio de León Pinelo, que vivió entre 1596 y 1660, y cuya pluma escribió un enorme libro en dos tomos para demostrar que el Paraíso Terrenal estuvo situado en la región amazónica, y que la fruta que perdió a nuestra primera madre Eva no fue ni el plátano ni los higos, sino la criollísima granadilla.

Con motivo del cuarto centenario del descubrimiento del Amazona, se ha publicado, en monumental edición, *El Paraíso en el Nuevo Mundo*, con un noticioso y agudísimo prólogo de don Raúl Porras Barrenechea. Pinelo escribió su obra entre 1645 y 1650, y hoy resulta pintoresca su lectura, a pesar de las dificultades que significa navegar por un verdadero océano de erudición indigesta y entre un fárrago de citas clásicas de peregrina traza. No podríamos, en realidad, clasificar el género a que pertenece este centón de variadas materias, pero sí intentaremos seguir a Pinelo a través de la impugnación de los autores que sostienen que el Paraíso estuvo en una zona indefinida, como es el propio Paraíso, como son los que sostienen que el Paraíso estuvo en la Tierra o que estaba en la región de los Hiperbóreos o en la de los Campos Elíseos.

No se queda corto el erudito de Valladolid, que vivió en el Perú y conoció y admiró las opulencias de la naturaleza americana hasta concebir que en ella estuvo la morada de los primeros padres del linaje humano. Impugnó, con despaciosa movilización de textos y opiniones antiguas y modernas, las diecisiete teorías infundadas sobre la ubicación verdadera del Paraíso. El Paraíso resultaba entonces, de acuerdo con los Padres de la Iglesia, "un lugar corpóreo, real y verdadero". Podía encontrarse en la tierra y asignársele en los mapas un adecuado espacio. Las dificultades no contaban para la paciencia y la obstinación del erudito, cuyas fantasías se sustentaban en innumerables y desconcertantes argumentos. Los cuatro ríos originales del Paraíso fueron trasladados a

América por la acción divina y por aquellas ocultas vías que entran en sus designios imponderables. De este modo, el Plata sustenta por caudales subterráneos al Nilo y el Magdalena al Ganges, el Orinoco al Tigris y el Marañón al Eufrates.

Pinelo tenía sangre judía en sus venas y poseía una gran dosis de credulidad y de amor a la fantasía divagadora. Toda versión insólita o maravilla fulgurante acudía pronto en apoyo de sus razonamientos, y de este modo, su narración se puebla de mitos prodigiosos, de pueblos habitados por enanos o gigantes, de indios, que sitúa en Chile, dotados de enormes colas, de Amazonas combatientes, de aves con rostro y uñas de mujer. La flora y fauna también participan de este clima de milagros que transforma sus virtudes y convierte al reino vegetal y al animal en un trasunto de los relatos de los cuentistas árabes. Hay un árbol que es una piedra que crece, otro que es un reloj, y el de más allá posee pudor, como las mujeres castas, y se esconde cuando lo tientan. Hay ríos que se ocultan y desconciertan a los exploradores, serpientes con alas y brazos, ratones que huyen cuando son excomulgados por un sacerdote y tritones que tienen por morada el Mar Caribe.

Don Antonio de León Pinelo parece haberlo leído todo y se encuentra enterado de cuanto se ha escrito sobre el Nuevo Mundo. Examina los cronistas, utiliza los viajeros, administra los geógrafos, acude a los misioneros y todos ellos le proporcionan magnífica tela para urdir su trama de fantasía y de maravilla.

La erudición aplastante de un siglo barroco y conceptista sirve también al impávido examinador de mamotretos y cricones en su persecución afanosa de los indicios que dejó en la ciencia la ubicación posible del Paraíso.

La prosa de Pinelo no se deja dominar por la efusión y rara vez abandona su tono discursivo e impasible. El vuelo creador, la emoción poética, el abandono a la sensibilidad se encuentran ausentes en medio de tantos testimonios ajenos, de tan aplastantes citas de Padres de la Iglesia, de teólogos, de exegetas, de escritores sagrados y profanos. Pero, con todo, el libraco tiene su encanto y nos sumerge en la atmósfera crédula y especulativa de un espíritu que, en sus escasas expansiones artísticas, admiró el espectáculo majestuoso e imponente de una naturaleza que subyugó a los primitivos cronistas y los hechizó con su pompa vegetal. A partir del Libro Cuarto de *El Paraíso en el Nuevo Mundo* tomamos contacto con el escenario americano y el interés de la obra se acrecienta. Al hablar de Chile, dice Pinelo estas curiosas palabras: "En lo alto del Reino de Chile, hacia el Estrecho de Magallanes, se han visto indios que tienen cola, según estoy informado de personas fidedignas que han estado en él". En otras partes también abundaban estos *hombres caudatos*, que la cola que tenían era como de lagarto, aunque más dura, y que para sentarse habían menester de asientos huecos, según deja constancia, con mucha seriedad, Pinelo. El Perú no se quedó atrás en la abundancia de los prodigios. Allí se vio un gigante de peregrina figura que, según un testimonio, era de los monstruos que los antiguos llamaron cinamolgos o cinocéfalos, por tener los cuerpos de hombres y las cabezas de perro, y a los cuales se refirió Plinio.

Los chilenos quedan bien parados en el libro de León Pinelo. Sus indios son, a su juicio, leales, limpios, trabajadores, valientes, ingeniosos, y de muy buenos talles y rostros, y aunque no muy altos, fornidos y bien hechos.

Después de enumerar las cualidades de las amazonas y del reino animal del Nuevo Mundo, el escritor español se asombra con las serpientes con alas y brazos que han visto en diversas partes de las Indias. En México se murió un indígena de susto, cuando vio una serpiente larga y corpulenta como un caballo, que daba silbos, tenía alas en la espalda y dos brazos de a palmo.

Uno de los episodios más pintorescos que relata Pinelo es el de los ratones de Piura. Un año salió en esta ciudad una plaga de ratones tan grande que destruyó todos los cañaverales, royéndolos por la raíz, con lo que provocaron la ruina de los campos. Era cura y vicario el licenciado Pedro Bravo de Verduco, y viendo que no aprovechaba conjuros y otros remedios, hizo que se pudiese demanda o acusación ante él contra los ratones, nombróles defensor, y procedió contra ellos por términos jurídicos, y por sentencia los condenó a que saliesen de toda la tierra y se fuesen a partes remotas donde no hiciesen daño; y en rebeldía, pronunció contra ellos excomunión y anatema, y para esto un domingo fue con procesión solemne a una ermita de San Sebastián, y acabada la misa, se leyó la excomunión en forma. Al punto los ratones se reunieron en cuadrillas y por diferentes partes del contorno se fueron al caudaloso río que por allí pasa, y arrojándose a él, se los llevó el mar sin que quedase uno ni se viese más la huella de sus depredaciones; pero la tierra quedó tan abrasada que muchos vecinos la abandonaron y se marcharon a vivir a otra parte.

Sería tarea inacabable resumir todas las cosas que desfilan por la crédula pluma de Pinelo. Se refiere a los gusanos voladores, que son un poco menores que gorriones y tienen dos estrellas junto a los ojos y dos debajo de las alas. Nos describe minuciosamente a los hombres tritones u hombres marinos, que tantas fábulas inspiraron a los poetas. Más adelante pinta la fuente, cuya agua, sacada de su nacimiento y puesta al sol, se convierte en tinta tan negra, que se puede escribir con ella. En la Isla Boyuca hay otra fuente que remoja al lavarse con su agua. Esta es la fuente de la juventud que buscó Juan Ponce de León, en la Florida, y dio origen a una de las leyendas más persistentes que acarició la imaginación de los conquistadores del siglo xvi. Pinelo describe un río, situado en el despoblado de Atacama, que los indios llamaron el Gran Mentiroso, porque saliendo el sol, comienza a correr, y poniéndose éste se estanca y se seca hasta el otro día, como afirmaba gravemente el cronista don Melchor Jufré. En el valle de Peteguelén había otro arroyo que tenía la particularidad de que todas las piedras que tocaban sus aguas tenían formada una cruz de color de jaspe; en las blancas, negra, y en las negras, blanca.

El Paraíso en el Nuevo Mundo, sacado de su olvido por Raúl Porras Barrenechea, nos ha conducido al escenario que, desde el descubrimiento de América, se colocó para todos los intentos de felicidad humana, para todas las peripecias del bienestar. Nuestro continente cobra así, como en los días bo-

rrascosos de hoy, un valor de esperanza y asume un carácter de virginidad, simbolizados en el sitio de elección en que moraron los fundadores del linaje humano.

(*Zig-Zag*, Santiago de Chile, N° 2.044, 26 de mayo de 1944. p. 38).

PORTOBELLO, PUERTO DEL OLVIDO

PORTOBELLO, cabecera del distrito del mismo nombre, se halla situado, en pleno Mar de las Antillas, a unos treinta kilómetros de la ciudad de Colón. Desde hace muchos años queríamos conocer el que fue importantísimo centro comercial en la Colonia y uno de los puntos más estratégicos del vasto sistema defensivo español en América. Nos embarcamos para Portobelo durante una calurosa mañana tropical, en la lancha *Liberty*, que partió del Muelle Tagarópulos, en Fox River, bajo la experta dirección del Capitán Attlee. El panorama es subyugante, desde la salida en Colón, con sus espléndidos abanicos de palmera, bellos islotes y la manigua de la orilla, festoneada de tiburones. Por este mar pasaron los grandes capitanes ibéricos, los corsarios ingleses y holandeses, las distintas expediciones militares y marítimas que desembocaban en la que otrora fue una de las más insignes muestras de poderío peninsular en nuestro Continente.

El mar hace bailar la embarcación, que cabecea entre las afiebradas ondas, poniendo en peligro la estabilidad de su carga, pero la pericia de los marinos negros se percibe pronto, una vez que hemos pasado la blanca escollera de la bahía, frente a Cristóbal, y orillamos la costa húmeda, cubierta de una vegetación lujuriosa. El día está lluvioso y grandes sombras, de contenido borrascoso, ocultan la perspectiva del litoral. Avanzamos dando barquinazos, y algunas islas, salpicadas de cocoteros, se asoman, medrosas, y sugieren la idea de que antiguamente fueron madrigueras de piratas.

Morgan se metió muchas veces por la bahía de Portobelo y asaltó sus fuertes, saqueó su comercio y arrasó las fortificaciones levantadas por el Imperio Español. Su sombra preside todavía una teoría de imágenes que inquietan nuestra mente. Recordamos, también, que desde las ferias y mercados de esclavos de Portobelo se condujo hacia Chile el oscuro cargamento de carne humana que nutrió de brazos a las haciendas jesuitas y a las estancias de los encomenderos criollos.

Con lentitud aparece el sol, pero luego se desvanece de nuevo y torna a cerrarse la atmósfera, mediante la acción violenta de la precipitación de poderosas masas de humedad que irrumpen a través de la costa aledaña.

Portobelo emerge como un sueño de piedra, rodeado de la selva virgen que oprime al pueblo, morada de pescadores y plantadores humildes, que sólo tienen el mar como camino de acceso a la civilización.

La ruta terrestre hacia Colón no puede hoy compararse a la antigua y cómoda carretera que comunicaba este lugar, cuajado de historia, con Panamá. Enormes manglares, gigantescos árboles y una parasitaria red de

húmedas plantas indican la vecindad en un mundo selvático que se adentra por las calles y embadurna los edificios con su maleficio verde. La selva es la protagonista de una nueva tragedia. Está presente en todas partes, se mete por los que fueron recintos militares o comerciales, asombra por su siniestro poderío, manifestado aquí a cada momento. El calor es sofocante, la lluvia continúa y el bochorno asfixia hasta gravitar como plomo líquido en el aire y en los cuerpos laxos.

Los moradores de Portobelo se dedican ahora al cultivo de sus minúsculas heredades, a sus arrozales y platanares, a la pesca de la tortuga y de la corvina, a las faenas de producir carbón vegetal, y al ocio también. La voluntad de vivir se obstina en permanecer entre esta vegetación dadivosa, lasciva, destructora de los vestigios coloniales, que abraza y mata con su contacto tremendo. Los negros de Portobelo son simpáticos, de buena índole, y nos traen luego unos aguacates y mangos para el hambre y la sed que nos azotan.

Los restos del pasado exhiben su vigorosa contextura, su fino trazo renacentista, en la Aduana, cuarteada, pero siempre incomparable en sus dibujos sutiles, en los arcos armoniosos, en la cabalidad de líneas templadas, cual si fuese un joyel pétreo. El Castillo de San Jerónimo, asentado sobre el fondo de la bahía de esmeralda, remanso cadencioso de aguas tibias, presenta la forma de un barco encallado con su torre avizora y sus graciosas terrazas. Las barbacanas parecen un remedo de las de Cartagena de Indias, y muchos de los pesados, pero elegantes recintos militares, se hallan despojados de sus cañones, diseminados hoy entre una cortina de plantas tropicales. Las barbacanas conocieron del furor inglés, del tedio de acechar siempre hacia las aguas miríficas que sobresaltaban los bucaneros y eran cruzadas por galeones, barriugudos de oro. En este castillo se realizó la contienda terrible que en 1668 provocó el triunfo sangriento de las huestes de Morgan sobre las tropas españolas, y que, más adelante, aguantó la ira devastadora de las legiones del pirata Francis Drake.

La excelente bahía fue cantada por los cronistas, y resultaba fácil para ser defendida, ya que de un extremo a otro de ella se podían cruzar los fuegos de los cañones de los castillos, hoy reducidos a ruinoso polvo, pero de los cuales hay aún varios que se perciben entre la maleza. El de San Cristóbal o Camangua fue diseñado por el gran arquitecto Antonelli, el de San Fernando, así como el fortín San Fernandito, cercano al primero, fue construido en 1682, cuando el Virrey del Perú, Duque de la Palata, nombró al General José de Alzamora, Gobernador de Panamá, y le ordenó reparar y acrecentar el conjunto defensivo de Portobelo. La Iglesia Mayor, el Convento de la Merced y la Iglesia-Hospital de San Juan de Dios constituían las demostraciones más bellas de la religiosidad española colonial. La primera mantiene un sello dieciochesco, pero la segunda es sólo un montón de ruinas habitadas por las alimañas del bosque cercano y los insectos devoradores. La humedad ha mordido el mármol del templo principal y carcome, con lentitud, las letras de las lápidas sepulcrales, ocupadas por próceres locales, militares y hasta por algún gobernador rangoso. La muerte se confunde aquí con la pátina verdinosa que brota de la jungla contigua.

Portobelo se desintegra con rapidez, y si el Gobierno de Panamá no acude pronto a su restauración, dentro de algunos decenios tal vez será un recuerdo del esplendor que promovió tanto movimiento con sus ferias caudalosas y atraído, a la vez, el tumulto de la riqueza continental. Hoy es tan sólo el puerto del olvido, un recinto lejano de las Antillas, al que acuden escasos turistas curiosos y tardíos historiadores, deseosos de conocer el sitio evocador que marcó el signo de un período maravilloso que cubren tres siglos.

El comején, la manigua, los insectos enormes y voraces, la humedad devastadora han asaltado, con ímpetu peor que el sustentado por un Morgan o un Vernon, a las dóricas columnas de la Aduana, a los pertinaces castillos, a las iglesias tutelares e insignes. Un aire de ruina, como emanación de la implacable capacidad devorante de las tierras tropicales, va impregnando los recintos seculares y las nobles pilastras, las fachadas monumentales y las moles de los fuertes.

Abandonamos Portobelo, bautizado con el sonoro nombre de *Puerto Bello* por el Almirante Cristóbal Colón en persona. La bahía se oculta entre densas brumas, y un borrascoso conjunto de nubes parecen empujarnos en dirección a Colón y a Panamá. Dejamos la que fue una de las ciudades más prósperas de la América Española, con la suave emoción de haber vivido por unas horas en un remanso histórico que habitaron mercaderes, marinos, arrieros, soldados, corsarios, cargadores, esclavos y funcionarios que constituyeron la esencia de una civilización que todavía asombra por su energía expansiva. Portobelo es el puerto del olvido, silenciosa caleta panameña levantada cara a cara frente a la maraña de una selva obstinada y mortífera.

Colón nos devuelve, con su pululante muchedumbre comercial y su hormiguero de navíos, a la imagen de lo moderno, a la atractiva superficie de un país de tránsito en que casi no hay espacio para la meditación.

(*La Nación*, Santiago de Chile, 22 de mayo de 1948).

ONCE AÑOS DE CRÍTICA LITERARIA Y UNA APOSTILLA FINAL COMO DESPEDIDA

EN ABRIL de 1941, fui llamado por don Horacio Hevia, que era Presidente del consejo de *La Nación*, a desempeñar el cargo de crítico literario en sus páginas. Domingo Melfi pasaba entonces a ocupar la dirección del diario, y quedó vacante el puesto de comentarista de libros que ejercía regularmente, con anterioridad a su nombramiento. Empecé mis labores el domingo 28 de abril de 1941 y me estrené con un estudio consagrado al volumen inicial de la *Historia de Chile*, de don Francisco A. Encina. Desde ese día he escrito no menos de quinientas críticas literarias, aparte de numerosos artículos de otra índole, como ser crónicas y reseñas de libros o autores nacionales y extranjeros.

He tenido absoluta libertad para opinar y nadie ha interferido mis juicios. Ni la política dominante ni sucesos violentos que provocaron reacciones

en la opinión pública fueron pretextos para silenciar nombres de enemigos del Gobierno o disminuir el prestigio de sus producciones intelectuales en la crónica literaria de *La Nación*.

Un motivo de esos que los historiadores consideran "imponderables" me aleja, a partir de este artículo, de las columnas de un diario al que consagré una parcela valiosa e inolvidable de mi vida. Siento cierta melancolía al irme de *La Nación*, pero no tanta como para impedirme proseguir los trabajos e investigaciones vinculados a las letras patrias e hispanoamericanas.

Como siempre he hablado de los demás, a veces con largueza, puedo pedir excusas a mis lectores por referirme, por una sola ocasión, a mí mismo. Después tendrán que buscar mi firma donde Dios y el destino dispongan.

Fueron estos once años bastante activos y quizá fecundos. Traté de hacer crítica objetiva e imparcial, al margen de odiosidades o preferencias políticas y religiosas. Aquí se saludó a casi todos los Premios Nacionales de Literatura y también se despidió para siempre a muchas insignes figuras intelectuales de Chile y de otros países. D'Halmar, Latorre, Neruda, Barrios, Cruchaga Santa María, Prado, González Vera, Gabriela Mistral y Santiván, merecieron extensos y documentados ensayos, con el propósito de resumir o condensar su producción. Cuando se quiso menoscabar la gran figura de Pedro Prado y arrebatárle el Premio Nacional de Literatura, salté a la palestra con energía y fervor, hasta que se consiguió que se le concediera la codiciada recompensa. Uno de esos Premios recayó en un compañero de redacción, Joaquín Edwards Bello, y tuve el honor de ser miembro del jurado que lo galardonó. También participé en los Jurados que premiaron a Augusto d'Halmar y a Mariano Latorre, como representante del Ministerio de Educación y de la Universidad de Chile.

Ha sido particularmente grato para mí, como crítico, haberme anticipado al juicio público y al éxito de valiosas obras nacionales. La *Historia de Chile*, de Francisco Antonio Encina, coincidió, al aparecer, con mi estreno en estas columnas. Después acerté al anunciar el buen suceso de libros que hoy ostentan el rótulo de *best sellers*: *Ranquil*, de Reinaldo Lomboy; *Cabo de Hornos*, de Francisco Coloane; *La sangre y la esperanza*, de Nicomedes Guzmán; *Gran señor y rajadiablos*, de Eduardo Barrios; *Coirón*, de Daniel Belmar; *Hijo de ladrón*, de Manuel Rojas; *Ventura de Pedro Valdivia y O'Higgins*, de Jaime Eyzaguirre; *Huipampa, tierra de sonámbulos*, de Nicasio Tangol; *Extraño estío*, de María Carolina Geel; *Un hombre por el camino*, de Baltasar Castro; *Fantasmas necesarios*, de Juan Tejeda; *Candia*, de María Elena Aldunate; *El vaquero de Dios*, de Marta Jara; *Hijo del salitre*, de Volodia Teitelboim; *Huellas en la tierra*, de Oscar Castro; *Un retrato de David*, de Mario Espinosa; *Jemmy Button*, de Benjamín Subercaseaux; *Memorias de un buey*, de Pierre Favat; *Cuaderno de una muchacha muda*, de Margarita Aguirre; *La ensenada de la luna*, de Alejandro Gaete; *Los niños extraños*, de Luis Alberto Heiremans, e *Inseguridad del hombre*, de Eduardo Anguita, constituyen un vasto muestrario de obras que apadriné con entusiasmo.

Lo mismo puedo decir de poetas nuevos o desconocidos que aquí fueron

estimulados en su soledad creadora. No tuve nunca límites de índole estética, literaria, política o social para descubrir valores o destacar aspectos singulares de un escritor. Aunque sea innecesario, debo añadir que figuras peligrosas en momentos de violencia institucional fueron, de idéntica manera, saludadas con una glosa comprensiva. Así ocurrió con el *Canto general*, de Pablo Neruda; con un panfleto del valeroso prosista civil Carlos Vicuña, con *Hijo del salitre*, de Volodia Teitelboim, con producciones de Julio Moncada, Eugenio González, Ramón Valenzuela Rodríguez, Baltasar Castro, Eduardo Barrios, Eduardo Anguita, Miguel Serrano, Ricardo Donoso, Oreste Plath, Enrique Bunster y Emilio Rodríguez Mendoza. Algunos de estos prosistas militaban en el Partido Comunista; otros eran ibañistas de viejo o de nuevo cuño, que hoy se cuentan entre los vencedores del 4 de septiembre. Ni su comunismo ni su ibañismo fueron motivo de resentimiento crítico, de incomprensivo análisis o de la conspiración del silencio, que tanto se cultiva en otras partes y por otras plumas. Tampoco he cultivado el prejuicio religioso o antirreligioso. Por esto, terminé mis tareas con gran serenidad de espíritu y sin pena ni gloria.

Queda algo más personal y triste. En esos once años partieron grandes compañeros y amigos de toda una existencia. Ellos fueron, salvo algún involuntario olvido: Domingo Melfi, mi antecesor en la crítica literaria de *La Nación*; Vicente Huidobro, padre del creacionismo; Juanuario Espinosa, Carlos Sepúlveda Leyton, Juan Modesto Castro, noble compañero y camarada; Oscar Castro, relevante figura de prestancia poética y narrativa; Augusto d'Halmar, incomparable capitán de una promoción inolvidable; Pedro Prado, gran señor y dilecto espíritu; Luis Orrego Luco, maestro de la novela santiaguina; Martina Barros de Orrego, reliquia de mejores tiempos; Waldo Urzúa Álvarez, autor de *Don y Doña*; Gustavo Ossorio, vate de fibra íntima y aguda sensibilidad; Domingo Amunátegui Solar, historiador y erudito; Armando Donoso, fino catador de las letras chilenas; Alejandro Baeza (Fray Apenta), cáustico e irónico autor de *Repiques*; Miguel Luis Rocuant, prosista de parnasiana pulcritud, y Jorge González Bastías, lírico, hondamente criollo. Muchos colaboraron en *La Nación* y todos recibieron, en alguna forma, el acicate de mi crítica. La porción de mi vida que ellos ocupan constituye lo que mañana labrará la galería de los recuerdos mejores y de añoranza en las horas otoñales.

Estos años también consolidaron la obra americanista que recibí como herencia de mi padre y de otros ilustres chilenos. En 1941 fui invitado por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires a dar un curso sobre la evolución política y social de Chile.

En 1942 y en 1943 hubo nuevos convites, también patrocinados por universidades argentinas y uruguayas. En 1946 tocó el turno al Gobierno y a las Universidades de Colombia. Diserté en aulas que antes prestigiaron otras voces de mayor autoridad. En 1947 llevé mi palabra a Inglaterra, invitado por el British Council; a Checoslovaquia, por iniciativa de las Universidades de Carlos de Praga, y a Francia, bajo el patrocinio del PEN Club que dirigía entonces el malogrado Henri Membré. En 1948 diserté en la Universidad de

Panamá. En 1949 hice un curso sobre literatura hispanoamericana en Middlebury College de Vermont (Estados Unidos), como huésped del Departamento de Estado, y después recorrí, dando conferencias sobre literatura chilena, México, Guatemala, El Salvador, Costa Rica y Panamá.

Por fin, en 1951, fui invitado al Congreso de Peruanistas de Lima, bajo el patrocinio de la Universidad de San Marcos, y allí presidí la sección de Literatura y Filología en sus debates.

Todo esto, aunque inferior a lo que han realizado otros compatriotas, de alguna manera se relaciona con lo elaborado en las páginas críticas de *La Nación*. La razón es muy sencilla. En estas columnas se ha fraguado una empeñosa labor de acercamiento y conocimiento mutuo con los demás países americanos de lengua española. Las literaturas castellanas de nuestro continente poseen hoy una interdependencia cultural que necesita no sólo de la cátedra universitaria, sino también de la acción del periodismo comprensivo y alerta.

Mis lectores me han estimulado silenciosamente y, a veces, en forma más concreta. A todos ellos envío una despedida cordial y optimista. No se trata de un testamento, sino de una diversa etapa espiritual que se realiza bajo apariencias adversas al pensamiento libre en gran parte de Hispanoamérica.

Ningún crítico y casi ningún escritor es irremplazable. Todos tienen una función específica que se sitúa en el vasto panorama de una literatura. Pero siempre hay algo de la propia e insobornable personalidad que se adentra en el espacio y en el tiempo. En *La Nación* he cumplido una jornada, quizá con errores y descuidos, pero con gran fe en nuestro destino literario y en el futuro de las letras patrias. El Padre Juan de Mariana dijo en frase inmortal: "Hay tiempos de lechuza y hay tiempos de halcón". En once años he tratado de remontarme por el firmamento de la producción intelectual con la fuerza que emergía de una gran voluntad. Después de cumplida la tarea sólo queda conservar el optimismo y superar con próximos trabajos y producciones lo que aquí fue diseño, perspectiva o promesa. Otras manos y otras mentes, más de acuerdo con la realidad del momento, vendrán a reemplazarme. Y esto es justo y lógico que suceda en una hora de aparente renovación de hombres y valores. Porque también las literaturas reciben el impacto del acontecer histórico, y necesitan quien las interprete en función de hechos imponderables. Y pido perdón a mis viejos lectores por haber hablado en una oportunidad en primera persona para despedirme de *La Nación*.

(*La Nación*, Santiago de Chile, 26 de octubre de 1952).

PIO BAROJA, ÍNTIMO

DON PIO BAROJA produce una sensación de timidez. No por su charla, siempre fluida, pintoresca, directa, a veces como un largo monólogo, divagatorio y desconcertante, sino por otros matices que se escapan al no enterado de su particularísima psicología. Baroja se ha confesado feo, abusa

de las alusiones a la pobreza peninsular y nunca se ubica en el primer plano, como otros escritores de su patria. La casa del artista mencionado tantas veces para el Premio Nóbel y digno de él, más que varios agraciados por un destino favorable, es uno de los rincones visitados de Madrid. La calle Ruiz de Alarcón está situada en un barrio aristocrático, cerca del Hotel Ritz, de la Real Academia Española y del Palace, fondeadero obligado del mundo elegante de la capital de España. No muy lejos se encuentra el magnífico y extraordinario Restaurante Horcher y la mansión de Concha Espina, grande amiga de Chile y extraordinaria personalidad intelectual. La vecindad de los Jardines del Buen Retiro, que describió Baroja en inolvidables páginas, confiere al barrio cierto encanto pretérito, como suave refugio en días caniculares y sedante golfo de una tórrida atmósfera como la de fines de junio.

En 1928 conocimos a Baroja, mientras preparaba sus dos libros acerca del Conde de España. Lo vimos recorrer olvidados rincones de Cataluña metido en incómoda tartana, acechando los detalles castizos y el paisaje tierno del Ampurdán. El formidable evocador de la vida española estaba más joven y todavía podía ambular por el territorio que capta, en sus más típicas características, en ciclos narrativos.

Baroja ama los gatos y la soledad. Vive o sobrevive en dramática instancia, al margen de lo social y de lo oficial. Junto con Azorín y unos cuantos náufragos de la discutida generación de 1898, sabe adaptarse a los nuevos tiempos, pero mantiene las aristas insobornables de su personalidad recia.

Nos parece absurdo reconstruir las opiniones o, mejor dicho, las divagaciones apasionadas de don Pío. Sería tarea ardua o sometida a normas imposibles. A pesar de lo fustigante de la estación que desde la Edad Media fue definida, en Castilla, al referirse al verano, como "nueve meses de invierno y tres de infierno", el insigne maestro viste de manera sencilla y algo apaisanada. La boina vasca, coronando la cabeza con frente amplia, meseta que domina un cráneo vigoroso; las pantuflas caseras, rellenas con gruesos calcetines de lana; el chaquetón de artesano o menestral; las manos dirigiendo, con suavidad, el ritmo móvil de la frase; el sillón frailer, escabel de su ironía, son algo del marco en que se exhibe el más fecundo de los autores vivos de España. Don Pío no es ya el denostador de América, y pronto en su conversación, de inolvidable contenido, pregunta por hombres y cosas de nuestro continente. No disimula simpatías o antipatías. La edad ha desmochado muchas de sus violencias, pero no ha conseguido conducirlo a ese abismo mental de otros ancianos. Por lo general, don Pío extiende su charla en abanico divagatorio. Hiere un tema y vuelve a él, después de una desfloración súbita. No contesta, a menudo, lo mucho que le sonsacamos como buceadores de su intimidad. No tiene futuro y su pasado lo actualiza y discrimina de un modo parecido a ciertas maneras de la novela moderna, donde el tiempo actúa en un plano absorbente y disociador. El hombre malo de Itzea es lo más contrario a la imagen burda que se ha elaborado de su carácter. Insiste mucho en la poca resonancia de su obra, en la nula eficacia

de su mensaje, en la módica difusión de sus libros, en su pobreza material. Cuando le expresamos nuestra sorpresa reitera con pertinacia de octogenario su convicción de que un escritor español nunca tendrá la importancia de cualquier mediocridad europea que asalta el Premio Nóbel.

La primera palabra de don Pío sorprende, por su demostrativo indicio de que su memoria está intacta, sin deterioro visible. Nos pregunta por dos amigos: uno chileno, Uribe Echevarría, vasco de la misma cepa de don Pío, y por el mejicano Ermilo Abreu Gómez, fino comentarista de Baroja. Don Pío no posee una idea nítida de América, como Valle Inclán. Para él, Chile o el Río Grande forman parte de una utopía mental, de un territorio sin fronteras ni designios políticos. Reconoce que América fue agradecida con él, por su gran contribución al renovamiento de la frase, a la desprejuiciación ideológica de una o dos generaciones de gran contenido. Además ratifica lo que ha dicho en sus *Memorias* y a dos o tres buenos observadores. En un instante difícil e ingrato de su existencia quiso volar hacia el que denominara "continente estúpido". Eran los días tremendos de la segunda guerra mundial, cuando volaban sobre París los aviones alemanes y llovían las bombas sobre El Havre. Don Pío, estimulado por unos admiradores de Buenos Aires, deseó trasladarse a América del Sur, escapando del infierno europeo. No pudo cumplirse el deseo evasivo del esclarecido narrador. Entonces volvió a su suelo natal, impelido por razones sentimentales o físicas. En la España actual existe mucha gente que ideológicamente se encuentra en las antípodas del autor de *El cura de Monleón*, pero todos lo respetan y su domicilio es visitado por tirios y troyanos.

La tertulia de Baroja es un observatorio formidable. Desde sus ventanas se domina una calle aliviada por recatados y refrigerantes árboles. En su salón de recibo existe un magnífico retrato de su hermana Carmen, de algunos antepasados, y vastas y pobladas estanterías que son un débil anticipo de su biblioteca, que conserva en Vera de Bidasoa. El escritor ha ido poco a poco introduciéndose en el mundo meditativo y definitivo de la soledad. Primero partió su hermana, que reemplazó a su madre en el afecto familiar. Después lo abandonó su sobrino Pío Caro Baroja, autor de un curioso volumen que pinta la intimidad del novelista. Otro sobrino, Julio Caro, se encontraba, cuando lo visitamos varias veces, ausente en Inglaterra, salvo la primera. Una criada es la dueña de casa y Baroja, con frecuencia, hace de portero y se somete al martirio de los solicitadores de autógrafos, de las inevitables yanquis que preparan tesis sobre sus obras y de las poetisas hispanoamericanas que desean immortalizarse persiguiendo prólogos al infatigable evocador de la tierra española. A este respecto, nos cuenta que una compatriota lo cercó de tal manera, que al fin le sacó un prefacio como quien le hace una extracción dental. No contenta con esto, la implacable literata le llevó a la casa de Alarcón número 12, un extenso friso pictórico de más de diez metros de largo que don Pío tuvo que aceptar como un castigo de Dios. Baroja es un inconformista y su filosofía escéptica parece algo suavizada por los años. El que dijo tantas cosas contra

la familia, ha tenido que aceptar su blando yugo y reemplazar a los hijos ausentes por los sobrinos que mima siempre. En un país autoritario, don Pío es la negación de lo tradicional y su incorporación a la Academia Española es un rasgo desusado de un hombre enemigo de los dogmas literarios. Don Pío no tiene gran fe en la literatura contemporánea y cuando lo interrogamos con astucia que él supo vencer con cazurrería vasca, sobre la influencia que puede alcanzar la obra de Camilo José Cela, se evade con fluida maestría. Entre los recursos del gran lector que es Baroja, uno de los más extraordinarios resulta, por cierto, escaparse de las preguntas peligrosas. En nuestras extensas entrevistas nunca lo hallamos desprevenido y, a la postre, sabía elusivamente tocar el tema que le presentábamos como espinuda cuestión de la actualidad intelectual de la península. De Carmen Laforet dio una idea primeramente ambigua, pero al pincharse el meollo de su producción narrativa, nos sorprendió Baroja con una exacta mensura de sus cualidades y defectos.

Baroja vive psicológicamente en un mundo de añoranza y de nostalgia. El siglo XIX moldeó su estructura mental y sus definitivas admiraciones literarias: Dickens, Dostoiewski, Balzac, sin ninguna concesión a Galdós, a quien rechaza con implacables reparos. El escritor niega a la generación de 1898 y no siente la menor simpatía a sus epígonos, con excepción de Azorín, momificado en su gloria y casi invisible a los profanos, pero siempre productivo y finamente expresivo hasta en los peores libros de senectud.

Nuestra mujer, admiradora también de Baroja, le hizo una pregunta que don Pío contestó con notable rapidez:

—¿Es verdad, don Pío, que don Ramón María del Valle Inclán era muy pobre y que nunca pudo vivir de su pluma?

—Es cierto —contestó el novelista—; era tan miserable que no tenía ni siquiera una percha para colocar su raída capa; la colgaba en un clavo...

Los minutos se disolvían implacablemente en la calle Alarcón número 12. La hora mejor para visitar al artista era antes de almuerzo, en esas inolvidables mañanas madrileñas, a pesar del frío o del caluroso verano. El escritor atendía personalmente a los llamados telefónicos o salía, envuelto en un chaquetón oscuro y metido en sus pantuflas de lana, a recibir a los visitantes. Algunos le llevaban, como presente valioso, confites, chocolates o golosinas que don Pío se apresuraba a trasladar a un invulnerable armario, cuya llave conservaba.

La mañana iba transcurriendo en un juego de ideas, en un chisporroteo de imágenes, en una preciosa evocación de hombres, ideas y cosas que, para nosotros, significaban una inmersión valiosa en medio siglo de vida española. El novelista, a pesar de su causticidad, entrega una sensación de bondad, de ingenio fino, de modestia. Alguien dijo que el orgulloso es un hombre que se oye por dentro y el vanidoso es un hombre que se oye por fuera. Baroja, cuando deja suelta la espita de la cordialidad, sólo tiene tiempo presente. Actualiza todo un pasado remoto y da la impresión de que hablara desde la inmortalidad.

Conocimos y tratamos a muchos grandes escritores españoles. De algunos nos quedó el chisporroteo de su ingenio, la audacia de sus frases como en el manadero inagotable de un talento reflexivo e irónico, como Luis Rosales, la señorial prestancia de sus juicios, como en Leopoldo Panero, o el irrestañable caudal de su facundia, como en Angel Valbuena Prat, que derrotaría con su monólogo torrencial a Joaquín Edwards Bello. Pero nadie tiene el secreto de escuchar, de interesarse por todo lo vivo y moderno y, a la vez, de expresar una auténtica personalidad que está más allá de los prejuicios y de las vanidades, como Baroja.

Nunca se cita, salvo al aludir a sus *Memorias*, que parece no haber concluido, porque al hablar da la sensación de que va dictando un volumen que se le quedó en el tintero. Esa egolatría estupenda que admirábamos en los fogonazos retóricos de Valle Inclán o en los períodos conceptuosos de Ortega y Gasset, se halla ausente del vasco castellanizado, que dijo poseer dos pequeñas patrias regionales: Vasconia y Castilla, considerando Castilla, Castilla la Vieja. Baroja, a pesar de su fealdad, que él exalta, de su timidez, que es el escudo de su ancianidad, y de su ironía, fluida y corrosiva, no produce nunca la sensación fría y austera de ciertos intelectuales del momento.

Mucho más podríamos expresar sobre el maestro de la calle Alarcón número 12; pero hay un detalle que nos impresionó vivamente en su trato: su pasión por el conocimiento y su curiosidad, algo tardía, por las cosas americanas. En las pausas de nuestras pláticas quedó espacio suficiente para esas inquisiciones del gran narrador, que pidió siempre que expresáramos su sentimiento por no haberse trasladado, en un momento dramático de su existencia, al vasto territorio en que posee tantos millares de admiradores.

(*El Diario Ilustrado*. Santiago de Chile, 30 de enero de 1955).

LA VOCACION LITERARIA DE MARIANO LATORRE

MARIANO LATORRE fue un excepcional caso de perseverancia literaria. En enero de 1956 iba a enterar setenta años y desde 1912 cuando inició su carrera de novelista con *Cuentos del Maule*, alcanzó a publicar una veintena de volúmenes. La generación criollista de 1900 inició, en Chile, la roturación de un terreno promisorio: el de la exploración artística del campo y de la ciudad, un poco bajo las consignas, todavía no muertas, del naturalismo francés inmediatamente anterior, y del fervor existente entonces por los realistas rusos, como Tolstoy, Turguenev y, sobre todo, Gorki.

En torno a Latorre se construyó una verdadera leyenda, presentándolo como el jefe de la discutida escuela nativista. La verdad es que, con positiva influencia en varios imitadores, poseyó una técnica siempre renovada, en que ha visto el crítico cubano José Antonio Portuondo al "mejor dotado de los descendientes de Horacio Quiroga". También alimentó siempre una curiosidad

activa por las corrientes modernas de la novela inglesa, francesa y norteamericana, que modifica substancialmente la estructura de sus obras posteriores a la modalidad naturalista. Nunca perdió, sin embargo, la simpatía hacia el maestro de Medán y a sus métodos acuciosos de trabajo antes que a sus temas o ideas políticas.

Pero eso es lo epidérmico de su carácter de escritor; lo concreto es que, a partir de su extensa novela *Zurzulita* (1920) evolucionó rigurosamente y ha obtenido una nueva manera expresionista en el uso de las metáforas y del lenguaje con que reviste sus postreras creaciones.

Latorre acaba de publicar un libro de gran sabor nacional, de vernáculo meollo, que resulta como una síntesis acabada de sus interpretaciones del alma chilena. En las páginas de *Chile, país de rincones* presenta una reelaboración de cuentos conocidos y de muchos más que no conocíamos, pero demostrativos de su preocupación por la buena prosa. El artista había concebido antes una especie de teoría cíclica sobre el chileno integral, cuya fisonomía definitiva se escapa de las manos de posteriores hombres de letras. En el prólogo de su penúltimo volumen expresa lo siguiente: "Se ha visto la imposibilidad de captar la vida chilena, múltiple y dispar, en una sola novela". Por eso, el gran narrador que era Latorre persiguió esa evasiva sustancia en los diversos ángulos de un vasto y atormentado territorio. Chile no posee la nota unificadora del llano venezolano ni de la pampa argentina. Es, como dice en su libro, un pueblo lleno de rincones característicos, con siete almas y siete paisajes geográficos.

Ha sido empresa formidable la que significó su esfuerzo, aunque se le escapó, hasta su desaparición, un personaje importante: el minero y agricultor del denominado Norte Chico. Latorre no creía que Santiago unificara o coordinara las dispersas complejidades del criollo austral. Por el contrario, las desintegraba y las sometía al zapato chino de su relativo cosmopolitismo.

Pero, por extraña paradoja, la novela santiaguina es la más densa de todo el país. En cambio, no poseemos una versión arquetípica de nuestra raza, como se cree que son, a veces sin fundamento crítico, *Don Segundo Sombra*, de Guiraldes; *Doña Bárbara*, de Rómulo Gallegos; *Juan Criollo*, de Carlos Loveira; *Raza de bronce*, de Alcides Arguedas, y *La Vorágine*, de José Eustasio Rivera.

A juicio del cuentista nacional le fue indispensable presentar en su libro síntesis una expresión de siete paisajes nacionales que correspondían a otras siete almas, los de la pampa salitrera, el Norte Chico, las selvas del sur, la Cordillera de los Andes, de la Costa, Chiloé y sus islas, Magallanes y sus estepas. En la recopilación hay un cuento de mar, ya divulgado: *El difunto Valdés*; cuatro de la ciudad: *Trapito sucio*, *El finadito*, *E. Pérez Artola*, *anticuario* y *El aguilucho que se murió de hambre*; uno magnífico de la Cordillera de la Costa: *Domingo Persona*; uno del norte: *En un vapor caletero*; uno del valle central: *El último cucurucho*; uno de la Cordillera de los Andes: *Dos pestañas de On Chipó*; uno de la selva: *El choroy de oro*; uno del nuevo sur: *La misa del Padre Wilfrido*; uno de Chiloé: *Chodil*, las

pulgas y el pájaro carnero; uno de Magallanes: *El pontón número 5*, y dos del pasado, es decir, temas de reconstrucción histórica: *La sarracena* y *El tobiano de Catrileo*.

Encarada la perspectiva de lo que recorrió Latorre en su profesión de escritor, y este libro es un mirador utilísimo, no se sabe qué admirar más, si su capacidad de recoger vivencias de regiones aisladas o su insuperable visión del paisaje criollo. Se ha acusado demasiado al escritor de abusar de este último elemento y la radical incapacidad de cierta crítica sólo ha podido quedarse recluida en semejante tópico al discriminar la potente obra de Latorre.

No habíamos releído varios relatos del autor de *Mapu* y hallamos ahora que no se limita a los detalles exteriores de sus personajes. En algunos de sus cuentos asimila a cabalidad el acento racial y así exhibe una imagen muy proporcionada de la cazurrería nativa en *Domingo Persona*. Aquí hay una perfecta armonía entre los instintos y el medio que los produce. El estilo de Latorre se convierte en algo fluido, a veces de gran poder metafórico, pero sin desborde en lo descriptivo. Domingo Persona es un bandido que utiliza el recurso de una geografía abrupta, lo mismo que lo hace el puma que le devora el ganado a On Chipó. Con naturalidad el narrador nos sumerge en un escenario todavía primitivo, que esconde parte considerable de la energía campesina. El zorro es un símbolo de la astucia nacional, de lo que el chileno medio bautizó como "macuquería", palabra intraducible a otro idioma. Pero esta macuquería del agro se ha trasladado también a la política y Latorre presenta una descarnada y satírica pintura de los parlamentarios mestizos y aprovechadores en su singular relato *El difunto Valdés*. Así recorrió casi todos los sitios del extenso territorio chileno buscando sus vivencias a través de tipos psicológicos que corresponden a un núcleo social donde la lucha por la existencia es más dura que en otros lugares del continente.

Latorre obtuvo con su dura lima una prosa de gran transparencia y de poético relieve. Veamos una imagen campestre de la Cordillera de la Costa: "Camina hacia la era. En cálidas burbujas palpita el aire en la meseta y todo danza en cristalina vibración: la era amarilla, los huasos, y sus caballos, la masa soñolienta de los montes donde nubes blancas se asoman a mirar". Y esta acertada pintura de la Cordillera de los Andes con sus características obtenidas a través de rigurosa síntesis: "En esa lengua de tierra, encerrada entre colinas boscosas, en las tupidas selvas de robles y de coigües hervían los venadillos de cuernos diminutos, saltaban las huiñas montaraces por las ramas, y rey de ese bosque chileno, enguinaldado por los coigües espinudos de las quilas y ensangrentado en los estíos por los copihues y chilcos indígenas, era el puma de pupilas de fuego y ágiles músculos".

Coincidió la aparición del libro de Latorre con una discusión sobre la crisis del cuento y la moderada curiosidad del público hacia el género. El problema es vasto y complejo. Desmiente la decadencia de la narración breve este libro tan denso y de tan vigoroso contenido racial.

También explica perfectamente la razón de tal fortaleza el hecho de que Latorre elaboraba y modelaba sus relatos mediante un proceso lento, de gran acabado técnico. En contraste, las generaciones nuevas, de caprichosa fantasía y más libérrima imaginación, descuidan el estilo y sacrifican la forma al nerviosismo argumental. Tenemos muy buenos relatistas, sobre todo en la generación posterior al Cuarto Centenario de Santiago (1941), cuando se reveló Francisco Coloane, el autor de *Cabo de Hornos*, Nicomedes Guzmán con *La sangre y la esperanza* y *Los hombres oscuros* y Reinaldo Lomboy, iniciado con su recia novela social *Ranquil*.

La promoción de Latorre fue más cuidadosa de la frase y más rigurosa en la elección de los vocablos. El oficio intelectual se presentaba con gran dignidad y se dejaba entonces menos a la improvisación genial, a la seguridad egolátrica del repentismo. Entre los que escriben todavía pulcramente se hallan Daniel Belmar, con su excelente novela *Coirón*, y Juan Godoy, iniciado en 1940, con su volumen *Angurrientos*. Belmar empezó a elaborar su obra siendo hombre maduro y Godoy es profesor de Castellano y maneja bien las leyes gramaticales de la prosa. Pero en el cuento más nuevo, donde sobresalen José Donoso, Claudio Giaconi, Armando Cassigoli y Herbert Müller, no todos poseen la seguridad de éstos y unos cuantos más.

La lección que dejó Latorre, por encima de la simpatía o antipatía que puede suscitar su obra de síntesis, es magnífica, porque cuando bordeaba los setenta años, mantenía su tensión creadora sin marchitarse, como se palpa en su lírico relato de Chiloé, *Chodil, las pulgas y el pájaro carnero*. La trama surge relativamente magra, pero el ambiente está henchido de poesía y es un maravilloso hallazgo estético el de ese hombre que identifica su vida con la de un pájaro, tema que también se revela en el cuento infantil *El choroy de oro*, de nobles aciertos expresivos y de hondo valor emocional.

Latorre quiso recorrer toda la geografía chilena. Es lógico que su intento no culminara en una síntesis integral y que entonces el material sea de calidad diversa. Sus relatos de ciudad no alcanzaron nunca la limpia fluidez de otros que le traían al recuerdo sus experiencias juveniles en el Maule o en los cerros comarcanos. Latorre conocía a fondo también la zona de Cautín, o sea, la nueva frontera que subsistió después de la primera, que estaba en Bío Bío, zona de guerra entre los españoles y criollos de los siglos XVI y XVII, como Góngora y Marmolejo, Mariño de Lobera, Santiago de Tesillo, González de Nájera y el Padre Ovalle. *Chile, país de rincones* resultó una resonante y lírica aventura de un individuo que se interroga sobre el destino humano de su tierra. No careció de la nota social, como puede verse en varias de sus narraciones. Pero prefirió hacer hablar a sus tipos y no razonar él, con fértil demagogia.

Pero, en cierto modo, este libro también tenía un signo de caducidad. Latorre se estaba despidiendo de una ambición que no supo o no pudo rematar: el libro que unificara al chileno en un solo protagonista. Y también resultó una patética despedida de lo que ya no será como fue en otras épocas.

La paz campesina, el júbilo de vivir, el agro, la conciencia evocadora tan intensa en el estilo de Latorre, la consubstanciación con el paisaje nativo, son,

además, estados reveladores que se desintegran dentro del tiempo, como las nubes cordilleranas, el aliento del agua andina, el temblor de las frondas del sur.

Latorre quiso, antes de morir, que se le escapara esa imagen que va disolviéndose, día a día, frente a una época ávida y codiciosa. El chileno contemporáneo se acumula en las grandes ciudades, vive en edificios de departamentos y provoca la atención de sociólogos y de economistas. La existencia actual es dinámica, absorbida por una tremenda crisis económica y por amenazadores síntomas sociales y desquiciamiento definitivo del "estado en forma" portaliano. El huaso que pintó Latorre en su eglógico marco de ruralismo comenzaba a tener nociones de la mecanización de la agricultura y manejaba tractores con la misma destreza con que utilizaba sus lazos y subyugaba los ágiles caballos chilenos.

La mayoría de los escritores últimos han lanzado un grito de condenación al criollismo de la generación de 1900, de la de 1910 y de la que empezó a manifestar su expresión en 1920. Hasta un poco después de 1940 hubo un grupo de novelistas y de cuentistas que renovaron, a su manera, el sentido de este mensaje de la genuina chilenidad campesina. Pero en la actualidad cada vez son menos los narradores que conocen a fondo el campo. Por lo menos en los que se consideran asumiendo la vanguardia literaria.

Está por verse todavía si el santiaguino significa, en último término, la imagen genuina del país. Quedan grandes reservas raciales perdidas en los contrafuertes de la cordillera, sumidas en los boquetes de las minas o cultivando, en calidad de colonos, las estepas magallánicas. De todas sus vivencias saldrá más tarde una versión distinta de los que se aferran a lo rural para hacer que un país no resida amontonado en la burocracia capitalina y ocupado en los vaivenes de la política.

La constancia que demostró Latorre en su fecunda existencia, con su inalterable vocación literaria, fue una capital lección de energía para sus compatriotas. La muerte lo encontró sin el menor signo de marchitez en su estilo y siguiendo con curiosidad todas las señales promisorias del acaecer intelectual.

(*El Diario Ilustrado*, Santiago de Chile, 20 de noviembre de 1955).

ALGO E STRICTAMENTE PERSONAL

LA GUERRA había cortado el hilo de las relaciones familiares entre los Latcham de Inglaterra y los de Chile. Mi padre murió en 1943, antes del término del conflicto; las postreras noticias de los parientes británicos llegaron en 1941. Todos pensamos aquí entonces en la desaparición del grupo que llevaba el apellido, tanto en Bristol, cuna de los antepasados, como en Londres, residencia de los que partieron de este suelo criollo, en 1931. Lo que aquí expresamos es un testimonio estrictamente personal y, por lo mismo, no puede nunca desentenderse de lo que une a dos continentes y de las in-

finitas cosas desaparecidas entre 1930 y 1947. Volví a Europa, después de diez y siete años, y crucé dos campos enemigos, erizados de dificultades materiales y feroces odios ideológicos. Lo más visible para nuestro espíritu ahora era lo concerniente al descubrimiento de ciertas ataduras, invisibles hasta ese instante, que podían amarrar a un escritor americano al destino del Viejo Mundo. Nunca más tornaremos a disfrutar de la paz antigua y lo destruido sobrepasa la tremenda devastación de las bombas y concerniente al patrimonio espiritual del hombre. Ello palpitaba en la insólita incompreensión de dos zonas, apartadas quizá para siempre; en el nuevo ritmo mental de los seres, divorciados de los valores que nunca osó negar la generación posterior a 1918; en la incertidumbre que sobrenadaba en las ruinas de ciudades, maduras de sabiduría, en las piedras milenarias, trasudadas por la sangre y la muerte, en la actitud individual de millones de sujetos, hoscós y resentidos.

La ventisca del Canal conducía al mismo aire que otros Latcham olieron por última vez, al salir de allá, en 1889. De ellos brotó la sangre que circula en parte de mis venas. La mayoría se halla enterrada en Chile, en el Cementerio de Disidentes. Unos pocos refluyeron a Inglaterra, en 1931; los demás se quedaron en Bristol, donde viven y en cuyo suelo tuve la emoción de saludarlos, descontando a la hermana mayor de mi padre, Victoria Beard, mujer de William Beard, muerta el 15 de octubre de 1936 y sepultada en Greenbank Cemetery, en las afueras de la ciudad tabacalera. Volvía a sentir, después de cruzar el Golfo de Vizcaya, en medio de una galerna (el *gale* de los ingleses), el hielo pulverizado que antes me diera la más punzante medida de los ásperos inviernos insulares. Tilbury presentaba un cielo más amable; las nubes de la *Merry England* eran un indicio de bonanza, luego de varios días con oleajes intensos, en que el barco recibía sacudones, y de bandazos a diestra y siniestra. Pronto penetré a Londres por Fenchurch Station.

Luego de cenar en Hannover Court, al costado de Regent Street, la aristocrática y soberbia calle del West End, presentí a los míos, impelido por la obscura voz de la sangre, por el instinto certero, más que por una curiosidad vulgar. Tomé un taxi y le dije al chofer que me condujera a 18, Highbury Crescent. La noche londinense se complicaba por las restricciones del *Blackout*, del racionamiento de la energía eléctrica y por los rumores escandalosos de los periódicos ingleses que hablaban de asaltos, de soldados desertores que pululaban por los arrabales, de versiones endemoniadas de Jack the Ripper. Nada de esto pude comprobar, sino la atención del correcto conductor y las dificultades de la búsqueda de un punto situado al final de Londres urbano, que tenía focalizado en mi mapa de la capital británica. Una casa del tiempo victoriano, en la cual vivieron mucho tiempo los Chamberlain, los antepasados de Neville, el del paraguas y el pacto de Munich, era el sitio en que iba a experimentar la más valiosa impresión de mi periplo europeo.

Mi tío político, Mister Harry Patterson, y mi tía, la menor de los Latcham, su esposa, se conservaban intactos, en un barrio residencial que sintió, a menudo, vibrar las aspas de la muerte y ostentaba aún las huellas de los *robots*. Percibí algo sordo al tocar el timbre de la deslustrada mansión, ultrajada por el tiempo, menoscabada por el olvido de las nuevas generaciones a los mo-

delos de residencia de medio siglo atrás, pero, sin embargo, digna y contenida como una de esas pulcras señoras que aparecen en ciertas novelas de Dickens o de Thackeray. El señor Patterson, el inolvidable tío Harry, salió en persona a abrirme, mientras afuera cruzaba un viento polar y la nieve se amontonaba en el suelo y lo hacía materia resbaladiza.

Al principio no me reconoció, pero luego lo envolvió un temblor nervioso; la voz apenas brotaba de su garganta y, a pesar del hielo, gruesas gotas de sudor salpicaron su frente. Subió corriendo las escaleras, con el objeto de preparar el ánimo a la tía. La impresión nos embargó a todos, luego de abrazarnos. Hablamos varias horas, hasta mucho después del obscurecimiento total, que llegó a las doce y envolvió al barrio en insondable manto de tinieblas. La muerte de mi padre, la suerte de los demás Latcham, la vida chilena, noticias de los últimos ingleses antañones (Old Timers) que conocieron aquí, la existencia novelesca de *Manny* (el Hombrecito), mi primo, que peleó en el Alamein, perteneció al Servicio de Inteligencia en Persia y ahora vivía en Alemania, fueron parte del rimero de hechos, de cosas, de anécdotas y recuerdos que desfilaron en tonos sombríos u opacos, con penumbras de ultratumba o con reflejos de alegría en tan inolvidable velada. Desde entonces, fui, cada vez que pude y mientras permanecí en Londres, a Highbury Crescent 18, utilizando los *busses* 19 y 30, que desembocan en Picadilly o en Marble Arch, puntos vecinos a los dos hoteles que ocupé en esa capital, el Park Lane y el Mount Royal.

Todo esto se confundiría con el tedio y la vanidad si no se hallara saturado de nobles experiencias y de un sentido novelesco. En un punto remoto del vivero urbano, alejado del West End, que alcanzó a ser testigo de la ascensión inverosímil de una familia adherida al destino de Inglaterra, los Chamberlain, se volvían a encontrar y soldar los eslabones rotos de una cadena de apellidos, repartidos en la capital y el sur de Chile, en Tacoma, en los Estados Unidos, y en Londres y Bristol. Dos guerras, algunas muertes, y formidables trastornos cósmicos se produjeron durante el lapso comprendido entre la salida del más famoso de los Latcham de la tierra natal, en 1889, y el retorno al suelo de los mayores de uno que recibió más de la herencia materna hispánica, que del solar anglosajón de sus abuelos, don Tomás Latcham y doña Victoria Adelaida Cartwright.

En Highbury disfruté de la paz familiar, de la atención prodigada por dos ancianos, desengañados y acongojados por un porvenir incierto, que vivieron agazapados entre bombas y esperando, por instantes, la desaparición del único hijo, nacido en Chile, que combatió en los desiertos africanos, acompañó a Churchill a la Conferencia de Teherán, recibió la misión de arrestar a Von Ribbentrop, cuyo pijama conservaban como una reliquia mis tíos, y todavía a Von Doenitz, al que detuvo en Alemania.

Yo sentí correr por mis venas lo que David Herbert Lawrence denomina "un palpitante circuito de sangre", mezcla de orgullo, de dormidos afectos, de tenues sentimientos, de poderosos presagios. Los Latcham de Bristol, unidos a los Patterson de Manchester, no significaban algo decorativo o superficial, como esos parientes arrancados a los museos de linajes, a los pergaminos com-

prados, a los soporíferos osarios del pasado, que muchos confunden con la nobleza. Aquí estaba viviente la Inglaterra agraria, de esos *farmers* de Bristol, entre los cuales un nieto de granjeros resultó un afamado sabio y vigoroso escritor, cuyo sobrino, hijo de un ingeniero de Manchester, se convertía de sargento en apuesto capitán, que desempeñaba misiones peligrosas al lado del conductor de la Comunidad de Naciones, Winston Churchill.

Crucé en dos oportunidades Alemania, por la zona Anglo-americana, sin encontrar a mi primo, situado en un punto no indicado en los mapas, denominado Baor, algo vecino a Erfurt. Luego estuve en Bruselas, el mismo día en que comenzaba allí una de sus vacaciones, pero nunca lo hallé y sólo por carta logré enterarme de lo que había hecho, después de tantos años sin vernos.

Transcribo un trozo suyo, novelesco y vivido, como esos relatos indirectos, ofrecidos por Conrad en sus narraciones. "Aunque la vida ha sido dura con nosotros durante los últimos tiempos, también hemos tenido una suerte extraña, por arrancarnos de todos los peligros y, por mi parte, librando ileso aunque ciertas veces creí que no me iba a salvar. Fui uno de los pocos ingleses que estuvo en Bir Hakeim con el General Kónig y las tropas francesas. Me sorprendió encontrar que un sesenta por ciento de los soldados bajo el mando de Kónig eran españoles, refugiados después de la lucha en España, contra Franco. Los franceses los habían aceptado como refugiados políticos, pero, por fin, los obligaron a enrolarse en el ejército africano, para economizar. Habían luchado contra el fascismo largos años en su patria y eran de los más decididos en esas circunstancias. Se sorprendieron de encontrar a un "gringo" que hablara en su propia lengua y por esto nos hicimos amigos durante unas cuantas horas desesperadas. No los vi nunca más al término de la campaña". Y más adelante agrega: "Escribo durante la última noche que paso en la casa de mis padres, antes de reanudar mi tarea. Por eso no seguiré con esta carta, la cual la he compuesto solamente para comunicarte, junto a los demás de Chile, el placer que me ha dado saber que todos nos recuerdan y que también se hallan bien. Como sabes, nuestros años aquí en Europa han sido solitarios y penosos para mis padres. Por eso tu visita nos ha traído algo que nos hacía mucha falta: el reconocimiento de que nuestra memoria todavía vive en el lugar donde nací".

El *Manny* ha sido una prolongación de los nuestros en el escenario europeo, por sus raíces españolas, a pesar de que es hijo de padre y madre ingleses. El pequeño cuadro familiar de Highbury apenas era interrumpido por escasas visitas y su miniatura semejava un conjunto de personajes de Somerset Maugham. La señora Gadney tocaba todas las noches, a eso de las diez, lloviera o tronara. Era una robusta anciana, tallada en madera arrancada de la vida misma, con todos sus sobresaltos, angustias y paradojas. Su rostro no exhibía muchas arrugas, a pesar de los setenta y tres años, que aún dejaban realzar un cutis que debió ser lozano, y que, como el de mi abuela materna, no recibió el retoque de los polvos de arroz. La señora Gadney trabajaba todavía en una oficina del West End y en la mañana acudía a sus menesteres por el *underground* de Highbury Corner. Tenía dos hijas, de las cuales proporcio-

naba referencias aisladas, casi automáticas, porque enredaron mucho sus destinos el amor y el infortunio. Una, la mayor, se casó repentinamente con un médico norteamericano, quien la abandonó, luego de haberle hecho un hijo. Pasaron los años y con idéntico y desaprensivo desdén, la llamó desde un aeropuerto y la invitó a seguirlo a los Estados Unidos. La muchacha metió unas mudas de ropa en su valija, se apoderó de su pasaporte y salió corriendo hacia Northolt. La otra hija era actriz en el Old Viv Theatre, de Londres, y tenía formidables disposiciones escénicas. La señora Gadney solía faltar a Highbury, previo aviso, y se alojaba en una pensión del West End, junto con la comedianta y una especie de marido, allegado a ella. De todo esto hablaba con parvedad, limitando sus aseveraciones a vagos signos, a determinadas circunstancias de un tiempo en que fue rica y tuvo un marido opulento, del cual se tuvo que separar en la India y retornar luego solitaria a Inglaterra. La Sra. Gadney hablaba un inglés clásico, con acento escocés (el mejor, según ella) y se daba a entender con jerárquica lentitud. Habitaba una mansión de viudas, de retirados del ejército, de pensionistas desolados y lúgubres, todos ellos residuos del esplendor imperial, yerto conjunto de ruinas, como las que se asomaban en las cuadras batidas por la *blitzkrieg*.

Highbury tenía sus sorpresas, diseminadas entre los *fields*, manchados por los futbolistas, o vivientes en las bulliciosas tertulias de los *pubs*, índices de la pujanza anglosajona. Un día nos mostró sus ropas de hilo, salvadas de las ruinas de una venerable casa, demolida por las bombas y situada al margen de Highbury Corner. Ahora se contentaba con menos, en su sórdida madriguera, contigua a una iglesia, pero alegre siempre en el verano por las piadas de los pájaros que saltaban entre las ramas del parque aledaño. Un equipo de existencias parecidas se agostaban lentamente en este barrio menos exiguo que su apariencia, pero el pesimismo no socavaba todavía los fundamentos de su estacionamiento en el mundo.

Para un sudamericano tales cosas carecían de sentido si no hubiera en su fondo algo universal, asido a las razones futuras de nuestra permanencia en la comunidad de las naciones civilizadas. En tan sombrío hormiguero sobrenadaba también un estilo de vida magnífico que correspondía a lo mejor que ha pulido el Occidente. Los ingleses se mostraban allí más humanizados que en sus estilizados disfraces del West End, en Picadilly, en Mayfair o Saint James Street, sitios de indolencia o esplendidez, que no traslucían el fervor y la emoción de la raza.

El tío Harry me enseñó a entender a Inglaterra y a sus líderes, a los *statemanship*, que a veces brotaban de las barriadas y de las minas de carbón, como antes surgieron de Eton College o de Cambridge.

Me faltaba todavía una experiencia en la tierra de mis antepasados paternos: la visita a Bristol, cuna de los mismos. Una tarde luminosa de mayo tomé un expreso en Paddington Station y, al cabo de tres horas, deslizadas por un pasaje de praderas afelpadas, me hallé a orillas del río Avon, que corre mansamente por el sitio donde se halla la metrópoli tabacalera, de la cual partió en 1497 John Cabot en el *Matthew*, rumbo a América. La ciudad gótica, con treinta de sus mejores iglesias, había sido literalmente demolida por los aviones

alemanes, en los días en que Hitler anunció fatuamente la desaparición de "la orgullosa Bristol". No encontré la calle del Vino (Wine Street), sitio estupendo por su localismo, teñido de poesía y medievalismo. Un letrado expresaba el recuerdo y la intención de reconstruir este plantel de *merchants*, marineros, vagabundos y licenciosos bebedores.

Bristol posee una alegría meridional, que sólo existe en Irlanda, por su sangre celta. Los borrachos y las mujeres del bronce de Bristol derraman sus instintos con liberalidad, a la sombra de una noche tibia, ya muy ajena a los rigores del invierno que me oprimió en Londres y en Oxford, a la llegada. Los más diversos estilos arquitectónicos y la variedad más barroca se asoma aquí en los barrios: góticos rincones, laberintos portuarios, vecinos al Canal, hoteles de lujo, decapitados por la metralla teutónica, colinas semejantes a las de Playa Ancha, en Valparaíso, anchas avenidas, rumorosas y alegres, lóbregas callejas en que la fragua del amor se enciende bajo el encanto luciferino de la noche palpitante, y barriadas industriales, teñidas por el humo de las fábricas. Bristol fue uno de los sitios de donde salieron muchos aventureros ingleses, camino de América, en los tiempos de John Cabot y más tarde. Tiene un sello distinguido, auténtico, prendido al mar y al río, que cerca de allí se enlazan y confunden a través de su unidad cósmica. Pero Bristol era algo más que eso para mí. De allí salieron mis abuelos, mi padre y mis tíos, en 1889, camino de Chile, para no volver más, con la sola excepción de dos del lote, al país natal. El simpático y trashumante tío Fred Latcham estuvo allí en un rápido pasco por Europa, pero regresó de nuevo a Chile, en cuya tierra descansan sus huesos. La tía Lou, la menor, es la señora que todavía vive en Highbury, unida para siempre al señor Patterson, de Manchester. Los otros parientes eran, para mí, un grupo del cual no se tenían noticias desde 1936, año en que murió la hermana mayor de mi padre, Victoria Beard, "The beloved wife of William Beard".

Las casas de Bristol están ocupadas por generaciones de habitantes, cuya permanencia se establece con pactos no escritos y se vincula a los nuevos allegados o parientes políticos. En 5, Plummer Street, a unos cuantos metros de Stapleton Road, viven los hijos de Victoria Beard y otros Latcham, de los que tenía una vaga referencia, a través de mi padre. Me recibieron con sorpresa, no exenta de curiosidad por lo americano. En el siglo pasado se desgajó otra rama del recio árbol familiar; un Latcham, de Inglaterra, se fue a los Estados Unidos y estableció hogar allí, primero en Chicago, y luego en Tacoma, en el Estado de Washington. La historia completa de estos avatares, de las fugas y extrañas neurastenias, alimentadas por el tedio insular y la idiosincrasia sin par de todos los parientes, será materia de un relato novelado, que desco escribir antes de salir de este mundo, luego de enlazarla a la saga de animosas personalidades del clan sajón.

La guerra también respetó a Grace Harris, la prima de Bristol, a su hija Audrey, al primo Fred y a otros de los vecinos de Plummer Street. El primo Fred resultaba una desconcertante reproducción del tío Federico, muerto y enterrado en Santiago, después de vagabundear en un velero, enseñar filosofía en Vancouver y continuar la tradición agraria de la familia en Loncoche, en la provincia de Cautín.

Todo esto desfilaba por mi retina, mientras me servían té y me hablaban apresuradamente, sin salir del estupor expresado por una brusca aparición del repunte indiano de los *farmers* de un pueblecito denominado Latcham en la campiña de Bristol, vivero agrícola de los antepasados más remotos. El primo Fred anduvo también por el Africa, donde sirvió en el Octavo Ejército de Montgomery, pero nunca se encontró con el pariente Dennis Patterson, que soportó el infierno de Tobruk y vio moverse millones de piojos y pulgas en Bir Hakeim. La prima Grace Harris (tomó el apellido de su esposo) me habló con esa entrañada vaguedad británica de su marido, que la abandonó de súbito, al engancharse con otra mujer, una de esas viudas de guerra, probablemente, que hoy sobresaltan a los hogares del Reino Unido y a las cuales la tía Lou confundía con los emisarios del Apocalipsis. El amor, la guerra, los recuerdos se encadenaron y desenvolvieron después en pausadas horas, junto a una chimenea sin fuego, al lado de una mesa con té y sandwiches, mientras nos calentaba el verano naciente, vencedor y luminoso de Bristol. Un montón de personas, a las que recién conocía, oían mi desconcertante inglés y un perro me saludaba con su cola retozadora, cuando acechaba a una tetera humeante y a una Biblia, parecida a la de mi padre, que yo heredé, y que emblematisa para los Latcham, descendientes de puritanos, algo así como los anales de varias generaciones matizadas de soldados, marineros, clérigos protestantes, agricultores, científicos y hombres de letras.

Los Cartwright se enlazaron en esas evocaciones con mayor prestancia todavía; ellos magnificaron a Sir Thomas, el inventor de la máquina cardadora de lana, que atizó la revolución industrial de Inglaterra, en el siglo XIX, a una sólida galería de capitanes de navío, de misioneros cuáqueros y de mentores ideológicos. En cambio, los Latcham no tuvieron antes de nosotros grandes inquietudes intelectuales, por más que fueron cultos y relativamente letrados, con la excepción formidable de Ricardo Eduardo, mi padre, quien prestigió más a su patria en Chile que muchos altivos emigrantes de Gran Bretaña, fundadores aquí de linajes mercantiles y de orgullosos planteles de burócratas.

El encanto ambiguo de la noche bristolense se empezaba a insinuar en los primeros fanales encendidos en el Canal. Había que regresar, de nuevo por Stapleton Road, hacia el Hotel Royal, desde cuyas ventanas admiraba la esbelta y carbonizada silueta de Saint Mary Le Port, inmortalizada por los pinceles de John Pipe. Las parejas se perdían por las callejuelas ardientes; las ruinas escondían fugaces encuentros, gatos hambrientos, desesperadas solteronas que salían a dar de comer y hacer orinar a sus perros entre las grietas.

Me acerqué al Canal y una música de gaitas, entreveradas con acordeones, se mezcló con la sonrisa deteriorada de una cortesana mancillada por la incuria y los cosméticos que apenas disimulaban su desmoronamiento físico.

Pasaban esbeltas mujeres hacia los hoteles de lujo y los clubes nocturnos. Los borrachos daban voces y entraban y salían de los bares. Manzanas y manzanas, orillando el Avon, ostentaban el recuerdo de las bombas, las quemaduras siniestras, las huellas todavía frescas del furor germánico de Hitler. Antes de abandonar Bristol visité, como último homenaje a mis mayores, el plácido

recinto de Greenbank Cementery, donde duerme el sueño eterno, entre otros parientes, mi tía Victoria Beard, nacida Latcham.

En su suave promontorio se extienden las tumbas, rodeadas de flores, por clarísimas avenidas, adornadas por los mercaderes prósperos o por los impávidos burgueses que exportaban tabaco, paños y productos industriales de sus factorías encaramadas frente al Avon y al mar. La piedra y el mármol se entremezclan sólidamente en los homenajes de los que edificaron una paz indestructible en los solares que hallé intactos, después de la amenaza alemana y de la crisis proveniente de una paz preñada de incertidumbre económica. Nada había cambiado allí entre los huesos de los que partieron y la presencia humana de los que sostenían la tradición familiar, sin excesivo orgullo ni tampoco embelesados por una falsa modestia. Los Latcham de Inglaterra proseguían su ruta y también yo podía tener algún consuelo al conocer sus inquietudes colectivas y sus esperanzas, amortiguadas por el martirio de esos días inolvidables de 1940 y 1941, en que saltaba la muerte vistiendo la forma de esquirlas o de bombazos anonadores.

El cementerio expresaba el fin de un ciclo vital y el camino de partida hacia otras generaciones, extendidas en las más remotas riberas del mar, mucho más allá de Newfoundland, descubierta por John Cabot y por cuyo suelo anduvo fantaseando el tío Federico en un barco maderero que concluyó su existencia en las playas de Concón. El verde intenso hería mi vista, todavía deslumbrada por el ancho panorama de la ciudad, dominadora y soberbia en su renacimiento planificado. Me despedía de Bristol y muy pronto de Inglaterra, acunada por sus navíos de guerra y los millares de vapores que percibí desde el avión, al salir de Northolt, camino de Lisboa y Dakar, rumbo a Santiago. Todo esto se deshilvanaba en mis sueños y lo único que siguió empapando el tejido de la memoria fue ese recinto, coloreado por las dalias y las tulipas, símbolo y cifra de lo que todavía me asocia a Europa, luego de haberme saturado de su incierta emoción, tan desolada como esos millones de tumbas que vi desfilar entre Belgrado y Lídice.

(De la antología *Poesía, Ensayo, Narración*, publicada por el Pen Club de Chile. Santiago de Chile, Ediciones Revista Atenea, Editorial del Pacífico, S. A., 1961. p. 169-179).